

# El tesoro del conquistador



Vicente Blasco Ibáñez



**AJUNTAMENT DE VALÈNCIA**  
REGIDORIA DE PATRIMONI I RECURSOS CULTURALS



**GENERALITAT  
VALENCIANA** | **TOTS  
A UNA  
veu**  
Conselleria d'Educació,  
Investigació, Cultura i Esport



**INSTITUT  
VALENCIÀ  
DE CULTURA**



© De esta edición: Ajuntament de València.  
Regidoria de Patrimoni i Recursos Culturals  
© Del Estudio introductorio: Emilio Sales (Casa Museo  
Blasco Ibáñez)  
ISBN: 978-84-9089-136-0

## Estudio introductorio

### El viaje de Blasco Ibáñez a los Estados Unidos

Tras la impresionante acogida de la traducción al inglés de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, Blasco Ibáñez recibió en Francia la visita del manager James B. Pond cuando se hallaba escribiendo la tercera novela de su trilogía de la Primera Guerra Mundial: *Los enemigos de la mujer*. Si años atrás el escritor había mantenido contactos con la Hispanic Society y también gozaba de la complicidad del hispanista Federico Onís, ahora se le presentaba la ocasión privilegiada de viajar a los Estados Unidos para impartir conferencias y paladear los laureles de la popularidad. Así pues, el hombre que siempre confesó haber querido vivir en un territorio bajo un régimen republicano se embarcó en octubre de 1919, en el vapor *Lorraine*, para cruzar el Atlántico. Durante varios meses iba a recorrer la nación de las barras y las estrellas, atravesando diversos estados de este a oeste, al tiempo que le llegaban suculentas ofertas para colaborar en numerosos rotativos, sobre todo los del trust de Randolph Hearst, recibía el título de doctor *honoris causa* por la Universidad George Washington y se le abrían las puertas del cine en Hollywood.

La contundencia de las repercusiones de aquel largo viaje, tanto en lo económico como en lo artístico, fue para Blasco Ibáñez de colosal envergadura. En 1920, la revista *Hispania* recopilaba en breve síntesis, en la sección “Notes and News”, información de su itinerario junto a otros detalles sobre las futuras intenciones creativas del escritor:

The distinguished Spanish novelist, Señor Don Vicente Blasco Ibáñez, who has been visiting in the United States since last November, lecturing before large and enthusiastic audiences in colleges, universities, and other places, will soon sail for Europe. On his way to the Pacific Coast he lectured at Albuquerque, New Mexico, and visited various missions, the Universities of California and Stanford, giving also various lectures. Señor Blasco Ibáñez proposes to write at least four novels inspired in our country. These will have as their chief places of action New York, New Mexico and Colorado, California, and the country as a whole, respectively.<sup>1</sup>

Obvia decir que, confiado en su portentosa imaginación, eran habituales en Blasco las declaraciones sobre proyectos novelescos a los que ya les había otorgado un título y muchos de los cuales jamás se consumaron sobre el papel. Esto es, la seducción de la alteridad espacial le incitaba a querer escribir relatos que se localizarían en Constantinopla, en Argentina y en otras repúblicas sudamericanas, y, por qué no, también en los Estados Unidos. Otra cosa bien distinta fue la posibilidad de acometer

---

<sup>1</sup> *Hispania*, 3 (1920), p. 113.

tales retos. No obstante, de lo que no cabe dudar es del impacto que causó en él su periplo por estados como Nuevo México o Arizona.

En el trayecto en tren desde Chicago hasta Los Ángeles, tuvo la oportunidad de detenerse en ciudades como San Antonio (Texas), pero también en otros lugares de Nuevo México y Arizona<sup>2</sup>. Por la prensa estadounidense, sabemos que el lunes 19 de enero de 1920 estuvo en Santa Fe. Allí declaró sentirse maravillado por la similitud del entorno de la ciudad con el paisaje de su Valencia natal. Luego, encandilado de su visita al Museo local y a la Library of Historian Benjamin M. Read, lugar este último donde se interesó especialmente por sus fondos sobre la historia de la España colonial, prometió regresar el verano siguiente para realizar un estudio que le serviría para escribir su novela del Sudoeste. Su estancia en Santa Fe terminó con un almuerzo ofrecido en el hotel De Vargas, actuando como anfitrión el gobernador Benjamin F. Pankey<sup>3</sup>.

Solo un día después, Blasco iba a impartir una conferencia ante la AATS, en el Liberty Hall de Albuquerque. Se había encargado del arreglo de la charla el profesor y director de la revista ilustrada *El Paso*, Camilo Padilla<sup>4</sup>. Fue quizá en unas intervenciones públicas cuando el novelista recibió como presente una bandera de la república norteamericana que, a su regreso a Francia, exhibiría en su despacho de Villa Kristy, en Niza, junto a varios objetos exóticos fabricados por los indios de Arizona y Nuevo México.

Como se verá más adelante, la mención de tales objetos no es gratuita. Nos sirven para corroborar el apego del autor a los elementos con un marcado valor simbólico, a la vez que ponen al lector sobre la pista de la huella que los mentados escenarios estadounidenses dejaron en su memoria. De momento, bastará recordar que, al término de su viaje por aquel país, reemprendió su proyecto de llevar a la gran pantalla su propia versión de *El Quijote* cervantino. Para ello, reformuló el guion o escenario que, muy posiblemente, ya tenía preparado en 1916 y le dio un enfoque más "americano", situando a su protagonista en un espacio que a partir de ahora resultará familiar:

“En un pueblo de la Baja California vive un gentleman llamado *mister* Alonso Bueno”

---

<sup>2</sup> Paul C. Smith, "Vicente Blasco Ibáñez, en los Estados Unidos (1919-1920)", en *Catálogo Exposición "Vicente Blasco Ibáñez, viajero"*, coord. de J. B. Codina Bas, Valencia, Diputación, 1998, pp. 67-82 [p. 72].

<sup>3</sup> *El Palacio. Journal of the Museum of New Mexico, the School of American Research, the Archaeological Society of New Mexico and Santa Fe Society of the Archaeological Institute*, vol. VIII, 1-2 (1920), p. 40.

<sup>4</sup> *El Paso Herald*, 13-XII-1919.

Su casa es una especie de palacio antiguo, con la arquitectura española que es ahora de moda en California y en New México, y que se llama arquitectura de las Misiones. (*En California, así como en Santa Fe, capital de New México, hay muchos edificios de esta clase que se pueden tomar como modelo y que son de gran hermosura y originalidad arquitectónica.*)<sup>5</sup>

Pero no solo las andanzas de ese otro Alonso Bueno-Quijote servirían para rememorar el impacto de la experiencia viajera. La idea inicial de una futura novela contextualizada en espacios de "New Mexico and Colorado" acabó convertida también en la de un guion cinematográfico que, al igual que el de *El Quijote*, no gozó de la aceptación de las productoras americanas y, finalmente, se vería condenado a un destino aciago. Este fue el infortunio de *El tesoro del conquistador*.

### **Las credenciales de un proyecto fallido**

Durante su primer viaje triunfal a los Estados Unidos, Blasco Ibáñez vio rápidamente correspondida su pasión por el nuevo arte cinematográfico. No solo se quedó deslumbrado por los prodigios contemplados en ese pueblo californiano, Hollywood, al que etiquetó como la ciudad camaleón. De inmediato trabó amistad con presidentes de productoras, con directores de cine y con diversos actores y actrices. Pero, además, se le presentó la oportunidad, que no desperdició, de firmar suculentos contratos por la adaptación filmica de varias de sus novelas. Asimismo, se le solicitaron argumentos y guiones. No obstante, el guion que se reproduce en páginas posteriores no terminó encajando con los intereses de las productoras norteamericanas<sup>6</sup>.

En cierto modo similar fue el destino del propio "escenario". El texto en cuestión está depositado en la Filmoteca de Valencia (IVAC), como donación de la nuera del novelista, Pilar Tortosa. De las 84 páginas mecanografiadas (con correcciones a mano del mismo Blasco) de que consta, se han perdido las dos primeras<sup>7</sup> (por lo que no aparece el título) y también es muy posible que se haya extraviado alguna página posterior, puesto que, aunque la historia está totalmente encauzada hacia su desenlace, el párrafo final del folio 84 parece incompleto ("Y llorando se tiende en el suelo y empieza a besar la tierra,") y el investigador blasquista no encuentra la coletilla tan habitual en los escritos del valenciano de "Fin".

---

<sup>5</sup> Vicente Blasco Ibáñez, *Don Quijote (Guion cinematográfico)*, estudio y edición de E. J. Sales, Madrid, Biblioteca Nueva / Ajuntament de València, 2015, p. 179.

<sup>6</sup> "También escribió un guión cortado a la medida de las grandes productoras, *El tesoro del conquistador*, que no parece haberles convencido, puesto que no hay rastro en la documentación de que siquiera les interesaran para reservarse una opción" (R. Ventura Meliá, "Blasco Ibáñez guionista: a vueltas con la imagen", *Debats*, 64-65 (1999), pp. 175-189 [p. 184])

<sup>7</sup> En su lugar, los responsables de la donación del documento colocaron, quizá por error, medio folio procedente del guion *Don Quijote*.

"¿Eres tu Ojo de Halcon?" ¡Cuánto tiempo que no te veo!..... Si vienes a bailar te aumentaré el sueldo."

Vacapa le mira un momento y contesta:

"Ojo de Halcon <sup>se va</sup> ~~va~~ con los suyos para siempre. *Ni un blanco le lleva una,*"

Y le vuelve la espalda, alejándose con una actitud grave y digna.

Un paisaje nocturno iluminado por la luna. Jardines que bordean un camino cerca del hotel.

El indio se vuelve y ve todo el hotel iluminado.

Ahora como está solo ya no <sup>necesita</sup> puede finjir mas. <sup>una</sup> Se lleva ~~la~~ mano a la garganta con estertores de agonía y empieza a llorar. Mira hacia el hotel y dice.

"¡Adios virgen blanca!... ¡Adios Copo de Algodon! Mi abuelo mas feliz que yo te tuvo en otro tiempo. Ahora el <sup>se te lleva</sup> que te posee ~~es~~ el nieto del conquistador."

Camina lentamente hasta que llega al mismo lugar donde por la tarde sorprendió a los dos, besándose. Mira con tristeza en torno de él y dice.

"Aquí los vi esta tarde cuando se besaban."

Baja la cabeza y llora.

Después lentamente va doblándose y cae de rodillas. Luego todavía se inclina mas, y mira al suelo.

Se ve la huella de un pie de hombre marcado en la tierra.

El la mira, y dice con rabia.

"Esta es la huella de él."

Poco a poco recobra su calma triste, y hace un movimiento que revela la inutilidad de su cólera.

Luego empieza a buscar en el suelo, hasta que a la luz de la luna, ve una huella de mujer. Entonces exclama con una expresión de éxtasis.

"Sobre esta tierra puso ella su pie!"

Y llorando se tiende <sup>en</sup> ~~sobre~~ el suelo y empieza a besar la tierra,

Por su extensión, este guion se aproxima mucho más a las "70 pages of a typical script"<sup>8</sup> que aquel de *Don Quijote*, con 185 páginas, al que Blasco dotó de una mayor envergadura. Otra cosa muy distinta es la proximidad cronológica en la redacción de ambos guiones. Si atendemos a la hipótesis de que la versión última de *Don Quijote* se vio finalizada en 1921, ya que en carta de 15 de octubre de dicho año el novelista le

<sup>8</sup> Rafael T. Corbalán, "Vicente Blasco Ibáñez and the Movie Novel", en *The Hispanic Connection: Spanish and Spanish-American Literature in the Arts of the World*, ed. de Z. Sacks DaSilva, Greenwood Publishing Group, 2004, pp. 323-332 [p. 326].

comentaba a su amigo Ramón Martínez de la Riva: “En este momento escribo un nuevo «film», *Don Quijote*, basado en la obra de Cervantes, pero cuya acción pasa en la época actual”<sup>9</sup>; si coincidimos en que, desde 1916, Blasco definió la filmación de su proyecto quijotesco como principal objetivo en el terreno de la cinematografía, bien puede conjeturarse que la escritura de *El tesoro del conquistador* sería inmediatamente posterior a la del de *Don Quijote*<sup>10</sup>. Por un lado, en él daría cuenta de la huella que en su imaginación había dejado el país norteamericano; por el otro, determinados aspectos de su escenario reflejarían la paridad de determinadas técnicas narrativas y motivos temáticos reutilizados en lo que él mismo vino en denominar sus novelas "evocativas" o históricas.

De esta comunidad creativa ya se hizo eco R. Ventura Meliá al vincular el guion con la novela *El Caballero de la Virgen*, publicada póstumamente<sup>11</sup>. Hay que puntualizar, sin embargo, que tanto por el tema como por su concreción ambos escritos discurren por vías diferentes. Para empezar, dígame que en Blasco Ibáñez existió desde siempre una admiración casi quimérica por la figura del conquistador peninsular, que se fue haciendo más perceptible a partir de su primer viaje a Argentina, en 1909, como conferenciante. Dicha fascinación, unida a su propensión hacia la Historia, le condujo a ficcionalizar o a incorporar en sus conferencias noticias relativas a diferentes figuras caballerescas del pasado nacional, concretando de ese modo su empeño españolista. A su vez, la familiaridad con tales personajes le exigía la consulta y el estudio de los más diversos materiales bibliográficos, para los que solicitaba incluso de recomendaciones académicas. Sin llegar a tales extremos, también para pergeñar en líneas generales *El tesoro del conquistador*, había hojeado cuanto menos alguna fuente histórica como la que hemos podido identificar. En concreto, cabe referirse a la compilación *Historia popular de Nuevo México, desde su descubrimiento hasta la actualidad*, de Francisco de Thoma (New York, American Book Company, 1896). En ella se hace alusión a

---

<sup>9</sup> *Blasco Ibáñez: su vida, su obra, su muerte, sus mejores páginas*, Madrid, Editorial Mundo Latino, 1929, p. 161.

<sup>10</sup> La consulta de la libreta de apuntes *Cinematógrafo*, conservada en la Casa Museo Blasco Ibáñez, sugiere que la fecha de datación de nuestro guion se situaría alrededor de 1921, después incluso de ese otro escenario que terminó transformado en novela, pues tampoco se materializó en película, de *El paraíso de las mujeres* (1922). En dicho cuaderno, tras las líneas alusivas a lo que podría ser el argumento de su nueva versión del clásico de Jonathan Swift, pueden leerse las siguientes anotaciones:

"El tesoro del conquistador

Averiguaciones por completar documento antiguo

Se matan unos a otros

Todo inútil. El tesoro era petróleo" (Ajuntament de València / Fundación C. E. Vicente Blasco Ibáñez, 12v-13r).

<sup>11</sup> "Vicente Blasco Ibáñez, cineasta", en *Catálogo Exposición "Blasco Ibáñez, cineasta"*, coord. de R. Ventura Meliá, Valencia, Diputación, 1998, pp. 11-28 [p. 27].

espacios míticos como el de las Siete Ciudades, se menciona al jefe comanche Cuerno Verde y aparecen personajes históricos con apellidos como Tobar, Maldonado y Montoya. Podría tratarse de coincidencias casuales con la onomástica empleada en el guion, si no se encontrasen también en aquel texto los topónimos de Picuri y Vacapa, que Blasco ficcionalizó como antropónimos de dos de sus personajes principales.

Dicho de otro, sin una exigencia de absoluta rigurosidad histórica, el autor bucearía en una fuente libresca, a partir de la cual vertebrar el argumento cinematográfico. Y ello, de acuerdo con una dinámica que también fue característica en alguno de sus relatos “evocativos”: la conjunción de dos planos temporales, uno ubicado en el siglo XVII y otro, a principios del XX, entre los cuales iba establecerse una conexión tan íntima, que las dos acciones parecen reflejarse entre sí, en tanto que los personajes antiguos van a tener su auténtico doble en sus modernos descendientes. Se trataba de la estructura cinematográfica de las escenas paralelas<sup>12</sup>, combinación de planos temporales y una suerte de mezcla de realidad y ficción, empleada como esquema organizativo y que ya se apuntaba en *La reina Calafia* (1923) y halló su máxima expresión en novelas como *El Papa del mar* (1925) y *A los pies de Venus* (1926).

Como si el autor estuviera confiado en la operatividad del mito del eterno retorno, pasado y presente se fundieron en la sospechosa conexión establecida entre los personajes de las dos épocas referidas. Tales figuras no solo se presentaban con atributos muy similares, y en cierto modo maniqueos (fíjese el lector en la etopeya de los dos Maldonado), sino que, además, estaban vinculadas por un extraño lazo paranormal: Fernando de Tovar estaba seguro de ver por vez primera a Gladys; sin embargo, "no la considera una desconocida", "Yo creo que la conozco hace siglos". Gladys ignora la identidad del que será su amado, "pero está convencida de haberlo visto antes, no sabe dónde". Maldonado "lo ha visto seguramente en una existencia anterior"; mientras que Vacapa entiende que su sufrimiento no es novedoso: "Es como un eco de otros dolores que no puedo recordar”

En *El tesoro del conquistador* la duplicidad se reconoce en el retrato de los personajes, de situaciones y de espacios, hasta el extremo de que la expectación planteada radica en si las figuras del hoy convergerán o no en el mismo destino que las del pasado. Claro que los primeros cuentan con una clara ventaja sobre los segundos. Saben de sus andanzas a través del recurso a sendos cuadernos (aquí el tópico literario

---

<sup>12</sup> Rafael T. Corbalán, *Vicente Blasco Ibáñez y la nueva novela cinematográfica*, València, Filmoteca de la Generalitat Valenciana, 1998, p. 119.

del manuscrito encontrado), con los que consigue dar don Sebastián, un viejo enamorado de la búsqueda en archivos, y que pone a los protagonistas tras la pista de un fabuloso tesoro aurífero. Mediante la lectura de tales manuscritos, Tovar y Maldonado pueden disponer de una guía para revivir la ancestral aventura de sus antepasados, mientras al espectador se le suministraría el acceso a dichos conocimientos a partir de varias retrospectivas o flash back cinematográficos, con los que se incrementaría la complejidad para el rodaje del texto fílmico<sup>13</sup>.

Desconocemos si una de las causas de que el guion no pasara al celuloide fue esa complejidad reseñada, que algunos podrían interpretar en términos de cierta impericia en el dominio del lenguaje cinematográfico<sup>14</sup>. Más allá, sin embargo, de la hipotética fragilidad de los planteamientos técnicos o de la originalidad de su concepción del relato histórico (ya nos movamos en el ámbito literario o fílmico), no puede negarse su indudable interés por razones diferentes. Como ya se ha indicado, el argumento del “escenario” posee un evidente valor informativo sobre la impronta que la empresa del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo dejó en la obra blasquista. En más de una ocasión, refiriéndose a su aventura argentina de explotación agrícola, en Cervantes y Nueva Valencia, el propio novelista declaraba sentirse algo así como un moderno conquistador, entusiasmado con la idea de extender la influencia de la madre patria y ansioso por emparentarse con aquellos hombres de acción llegados a América siglos atrás:

extremeños duros, andaluces fantaseadores, castellanos avellanados y graves, gallegos y asturianos briosos y acometedores, vascos mareantes acostumbrados á luchar con las olas y á dar caza á las ballenas; todo un ejército de Quijotes en busca de su Dulcinea, que era la gloria; de ávidos Sanchos, que soñaban con la ínsula del oro<sup>15</sup>.

Ni que decir tiene que en la personalidad del novelista convivían esos dos alicientes destacados en el texto cervantino. Unos resortes que también impulsaron, en el guion, a Alonso de Tovar y a Maldonado a enrolarse en la expedición del capitán Montoya. Mientras el primero perseguía la gloria (como don Quijote), su escudero soñaba con el oro (un nuevo Sancho). En todo caso, ambos marchaban con una meta con un innegable sabor legendario, pues la expedición debía conducirles hasta la Fuente de la Juventud. Al trazar ese rumbo para los personajes, el guionista los vinculaba a

---

<sup>13</sup> En el mismo sentido cabe interpretar las visiones que, como un Hamlet redivivo, tiene el Maldonado moderno, creyéndose estar delante del fantasma de su ancestro.

<sup>14</sup> En esta dirección apunta el balance realizado por Santiago Maestro Cano sobre el papel del autor como guionista: “Se podría concluir que la inadaptación al sistema de producción cinematográfico, la incomprensión de las particulares estrategias del texto fílmico y su intento globalizador desmesurado abortaron su permanencia en el medio cinematográfico” (“Blasco Ibáñez: un novelista para el cine”, *Espéculo*, 5 (1997) [En digital: [http://www.ucm.es/info/especulo/numero5/v\\_blasco.htm](http://www.ucm.es/info/especulo/numero5/v_blasco.htm)]).

<sup>15</sup> Vicente Blasco Ibáñez, *Argentina y sus grandezas*, Valencia, Prometeo, 1910, p. 171.

aquellos conquistadores peninsulares cautivados por la supuesta existencia de regiones y espacios fabulosos, a esos

grupos de hombres armados, sin más guía que el indio mentiroso y fantaseador o el eco de una tradición confusa, iban de la Florida a la Patagonia, del Callao a la desembocadura del Orinoco, en busca del valle de Jauja, lugar paradisíaco de delicias y harturas, del imperio de las amazonas, de la “Ciudad de los Césares”, áurea metrópoli que nadie vio jamás, o de la Fontana de Juventud, suprema esperanza de los conquistadores de barba canosa que sentían decaído su vigor<sup>16</sup>.

La Fuente de la Juventud o las Siete Ciudades son lugares que le otorgan al guion una clara dimensión mítica. A la vez que exigencia de una época, la mención de dichas geografías es una elección de la que se complace el autor. Ahora bien, junto a los motivos ficticios y legendarios, a lo largo de las seis partes en que se distribuye la historia, lo real y verificable trasciende los dos planos temporales mencionados. Por eso, a este respecto, son de gran importancia las referencias espaciales con las que Blasco da cuenta del aprovechamiento de su experiencia viajera. Así cabe entender los mínimos detalles descriptivos sobre el Gran Cañón, la mención del río Colorado, del Cañón de los Malos Espíritus (muy posiblemente el Canyon Diablo) y de la estación de ferrocarril de El Tovar<sup>17</sup>. Pero es, sobre todo, en dos acotaciones introducidas por el guionista donde se manifiesta nítidamente la conexión del texto con el itinerario que, como se decía al principio de estas páginas, siguió Blasco durante su viaje a los Estados Unidos. Recuérdese, por ejemplo, su visita al museo de Santa Fe:

*(Este baile ha sido representado muchas veces por pintores americanos. En el Museo de Pinturas de Santa Fe, capital de New México, hay varios cuadros de pintores americanos que se pueden utilizar como documento para una exacta reproducción cinematográfica. También bailan los indios otras danzas representando combates y luchas de animales que están representadas igualmente en cuadros de dicho museo y que aún siguen bailándose todos los años en las fiestas indias de New México y de Arizona. Estos bailes pueden ser muy interesantes como una manifestación de la vida india que todavía subsiste en los Estados Unidos.)*

La trabazón del universo imaginado con la esfera personal de su creador está, pues, fuera de toda duda. Y lo mismo deberá subrayarse de otros aspectos que relacionan el guion con la memoria novelesca de Blasco Ibáñez o que prefiguran motivos temáticos que serían un pilar fundamental en narraciones posteriores. Más concretamente, hay que decir que la deriva vital de Fernando de Tovar, el que sería protagonista del film, es paralela a la de otros personajes blasquistas como el Jaime Febrer de *Los muertos mandan* (1908), descendiente de una familia linajuda que se ha

---

<sup>16</sup> Vicente Blasco Ibáñez, *Los argonautas*, Valencia, Prometeo (Obras Completas de Vicente Blasco Ibáñez), 1925, vol. II, p. 76.

<sup>17</sup> La experiencia vital del autor llega a traslucirse cuando se compara el hotel del Gran Cañón donde se alojan los protagonistas con los hoteles de montaña de los Alpes, aquellos que bien conocía el novelista en sus retiros vacacionales con Elena Ortúzar.

arruinado con sus veleidades amorosas. Por otra parte, la penosa situación económica del Maldonado moderno, motivada por su afición al juego, permite establecer un rápido parangón con la importancia de los casinos en la biografía de otros personajes de *Los enemigos de la mujer* (1919) o *El fantasma de las alas de oro* (1930).

Signifíquese, en última instancia, la novedad de un ingrediente que apela a la amplitud de miras de Blasco Ibáñez, trascendiendo lo anecdótico del caso. Aparte de la búsqueda del tesoro, auténtica columna vertebral del argumento, aparte de las escenas de típica sentimentalidad, el guion contenía varias escenas de acción, de enfrentamientos entre conquistadores e indios nativos, persecuciones y matanzas. Hasta ahí lo usualmente característico en muchos relatos del género histórico. Pero, además, en ese plano temporal que hemos denominado “moderno”, ahora el lector podrá encontrarse también con traiciones y, en especial, un tiroteo que se antoja todo un duelo en la alta sierra. La irrupción en la historia de los indios es buena prueba del impacto de la realidad física y etnográfica de los lugares recorridos en el oeste norteamericano. Asimismo, se convierte en evidencia del interés blasquista hacia el género cinematográfico del *western*. Era esta una credencial ya reconocible en el guion *Don Quijote*, donde la presencia de figuras como el sheriff, el empleo de rifles y pistolas, o las riñas constantes de los personajes acaban emparentando la trama caballeresca con un modelo fílmico por el que el autor demostró gran entusiasmo a su llegada a Hollywood<sup>18</sup>. Muy posiblemente, pensando en los productores allí instalados y en las preferencias del público que acudía a los cinemas, Blasco utilizó motivos del *western* como reclamo para un proyecto que, finalmente, no cuajó, pero que estaba construido con un lenguaje universal: el del cine. Un lenguaje que con mayor o menor fortuna el novelista valenciano manipuló como uno de sus más apasionados partidarios, pues compartía idéntica vocación de universalidad artística.

## La edición

Reproducimos el texto mecanografiado de *El tesoro del conquistador*, propiedad de la Filmoteca de Valencia (IVAC), institución a la que se agradecen las facilidades para obtener el documento digitalizado y la autorización para reproducirlo en este formato. En este último sentido, es justo reconocer la inestimable deuda con Nieves López-Menchero, Alicia Herráiz y Carmen Cano. El documento en cuestión o

---

<sup>18</sup> Véase, Agustín Remesal, “Blasco Ibáñez en Camaleón City”, en *Vicente Blasco Ibáñez: 1898-1998. La vuelta al siglo de un novelista (Actas del Congreso Internacional celebrado en Valencia del 23 al 27 de noviembre de 1988)*, ed. de J. Oleza y J. Lluch, València, Biblioteca Valenciana, 2000, vol. II, pp. 904-915 [p. 905].

“escenario” (término empleado por los técnicos de la época para denominar, indistintamente, cualquiera de las fases de que constaba la elaboración de un guion) nos sitúa en una de las etapas del desarrollo de la idea primigenia, aquella en que el escritor es el artífice de una “novela cinematográfica” que luego deberá adquirir un formato especial para adecuarse a las exigencias del nuevo arte. No es ni mucho menos un guion técnico, con lo que no hay división alguna en secuencias ni tampoco mención de los planos a utilizar en cada una de ellas (para visualizar un primer plano, por ejemplo, el autor indica: “Se ve la cabeza de...”). Por su carácter eminentemente narrativo, dicho escenario se aproximaría a lo que en la jerga cinematográfica actual sería el tratamiento. Coincide, además, con el guion literario por contener la descripción de personajes y situaciones, así como los intertítulos que figurarían entre determinados fotogramas.

Con respecto a la labor de edición, se respeta el formato del escenario, manteniendo, por ejemplo, las comillas usadas para introducir el estilo directo. En cambio, se incorporan directamente las correcciones que señala el autor en el original para facilitar la lectura fluida del texto, y se emplea la cursiva en las pocas acotaciones en las que el autor da sugerencias para el rodaje. Asimismo, se ha procedido a regularizar la acentuación del texto de acuerdo con las normas vigentes de la RAE, a la vez que se han corregido diversos casos problemáticos en la puntuación.

E. S.

# El tesoro del conquistador

## (Guion)

[3] la silla y empieza a dar las manos a todos sus invitados despidiéndose de ellos.

“La vuelta del hijo pródigo.”

Se ve el interior del antiguo palacio de los Tovar. Son salones algo arruinados con retratos de guerreros y armaduras antiguas. Los muebles son pocos y viejos. En una palabra todo el edificio debe dar una impresión de grandeza pasada y de pobreza actual.

“Un matrimonio de viejos servidores guardaba el antiguo palacio de los Tovar.”

Se ve a los dos viejos vestidos con pobreza que limpian cuidadosamente los muebles, los retratos y las armas, deteniéndose varias veces para admirar con una veneración religiosa estos recuerdos.

Los dos se muestran sorprendidos por un ruido que suena en la calle y se asoman a la ventana.

Se ve un automóvil cargado de maletas que se ha detenido en la calle y a Tovar que desciende de él en traje de viaje.

Otra vez los salones donde los dos viejos reciben a su joven señor con grandes muestras de respetuoso cariño.

“Al saber la llegada de Tovar el viejo palacio vuelve a recibir visitas.”

Entra un señor que tiene aspecto de sabio distraído y nunca parece darse cuenta exacta de lo que le rodea. Va con sombrero de copa algo viejo, y larga levita, como un antiguo profesor. Continuamente saca un pañuelo para limpiar sus anteojos y luego al metérselo en el bolsillo de atrás de su levita, lo deja colgando.

“Don Sebastián, el bibliotecario de la ciudad, que lleva muchos años haciendo estudios en el archivo de los Tovar para escribir un libro sobre los conquistadores de América.”

Al ver a Tovar lo abraza y lo acaricia como a un antiguo discípulo. Este lo acoge con respeto y simpatía.

“El hombre más importante de la ciudad.”

Aparece Maldonado que es [4] un hombre de la misma edad de Tovar, pero de un aspecto algo siniestro. No es feo pero se muestra siempre ceñudo y tético, hablando a las gentes con un aire altivo y duro que le hace antipático. Va bien vestido, pues es rico.

“En la calle le saludan todos, pero sus pasos son siempre seguidos por miradas hostiles.”

Se ve cómo pasa por una calle. Las gentes le saludan con cierto miedo y, después que pasa, lo miran hostilmente y hacen gestos de cólera.

Un salón de casa de los Tovar. Fernando está hablando con don Sebastián y entra Maldonado. Los dos jóvenes se saludan y se abrazan mientras don Sebastián los mira y dice:

“Parece que fue ayer cuando los dos erais niños y yo os servía de maestro.”

El comedor del viejo palacio. Las paredes están adornadas con tapices un poco andrajosos que representan escenas de guerra antiguas. El matrimonio de criados viejos sirve la cena. Tovar está sentado a la mesa teniendo a su derecha a don Sebastián y a su izquierda a Maldonado.

Los tres hombres han terminado de cenar y fuman, bebiendo copas. Tovar habla:

“Aquí pienso pasar el resto de mi vida si es que verdaderamente me queda con qué sustentarme.”

Mira a Maldonado y añade:

“Tú conoces mi situación financiera mejor que yo. Has administrado mis bienes y me enviaste dinero siempre que te lo pedí”.

Don Sebastián a pesar de su bondad no siente gran simpatía por Maldonado y le mira maliciosamente mientras este contesta:

“Tu situación no es buena y temo que cuando arreglemos cuentas no te quede nada y todavía me debas dinero”.

Se ve cómo don Sebastián hace un gesto disimulado dando a entender que esperaba esta respuesta. Tovar hace un gesto de cansancio y dice:

“Tiempo nos queda de hablar de asuntos desagradables. [5] Por el momento bebamos y riemos”.

Los tres hablan, fuman, beben y ríen. Fernando queda con la vista fija en el bibliotecario y le dice alegremente:

“Usted que sabe tanto, don Sebastián, ¿no puede encontrar un medio de que yo me haga rico?”

Don Sebastián y Maldonado ríen también. Pero de pronto el bibliotecario se pone serio y dice:

“¡Y pensar que tus abuelos fueron tan ricos!... Todavía existe en un rincón de América un gran tesoro que dejó oculto hace trescientos años tu abuelo don Alonso el conquistador”.

Fernando parece interesarse por estas palabras y Maldonado presta atención, queriendo fingir al mismo tiempo que considera sin importancia el asunto. Don Sebastián sigue hablando:

“Hace un mes que estoy enterado de la existencia del tesoro. Encontré en el archivo de la casa un viejo cuaderno que debió ser escrito por el mismo don Alonso”.

Tovar que le escucha con atención aunque sin mostrar gran entusiasmo por esta historia antigua, le hace señas para que le traiga el cuaderno, pero don Sebastián se resiste añadiendo:

“Es un documento íntimo que solo debe conocer el que sea de la familia”.

Al decir esto mira a Maldonado, pero Tovar contesta:

“Maldonado es como de mi familia. Sus antecesores sirvieron a los míos y siempre fueron considerados como de mi casa”.

Maldonado con una sonrisa hipócrita y rencorosa dice:

“Es verdad. Siempre fuimos criados de los Tovar”.

Don Sebastián se levanta para ir en busca del libro, pero todavía se detiene y dice:

[6] “Debo advertir que en la historia escrita por don Alonso hay un Maldonado que no resulta muy simpático”.

Maldonado reprime un gesto de rabia y dice con fingida indiferencia:

“¡Qué pueden importarnos las cosas de nuestros remotos abuelos!... Traiga el libro y pasaremos la velada como los niños cuando escuchan un cuento”.

Se marcha don Sebastián. Vuelve a verse la mesa con los dos amigos jóvenes que hablan y fuman. Don Sebastián regresa con una bujía en una mano y un libro encuadrado en pergamino que sostiene en la otra.

Deja el libro sobre la mesa, abre sus páginas escritas con una letra menuda y que están algo agujereadas por la polilla.

Después que acaricia estas páginas con la mano, señala un retrato enfrente de él y dice:

“Allí está el héroe”.

Se ve el retrato de cerca. Es el de don Alonso de Tovar con coraza y la cabeza descubierta.

Otra vez don Sebastián que ha abierto el libro y, después de afirmarse los anteojos, dice:

“Me parece que estoy viendo al conquistador cómo empieza a escribir su libro en las soledades de un mundo virgen que por primera vez recibe las huellas del hombre blanco”.

Se ve un paisaje de Arizona y a don Alonso sentado en una piedra con el caballo detrás de él y escribiendo en su libro con una pluma de ave. Mientras tanto, en torno de él, se agitan españoles e indios con los quehaceres de un campamento de exploradores antiguos.

Otra vez don Sebastián que lee y va diciendo con delectación:

“En el nombre de Dios todopoderoso, yo, don Alonso de Tovar, caballero de Extremadura, empiezo la relación de cómo llegué a las Siete Ciudades gobernadas por Picuri, llamado Cuerno Verde, y de cómo conquisté el gran [7] tesoro que otros capitanes no habían podido descubrir...”

Vuelve a verse a don Sebastián leyendo.

Tovar extiende una mano para coger el libro y leerlo, pero su antiguo profesor le repele dulcemente diciendo:

“Es letra antigua y difícil, que únicamente puedo leer yo”.

Y don Sebastián se sienta y empieza a leer pausadamente, moviendo la cabeza, mientras los dos hombres van mostrando con sus gestos cómo el relato empieza a interesarles, escuchándolo cada vez con mayor atención.

## Segunda parte

“Estaba yo en la gran ciudad de México con mi camarada Maldonado, hijo de una familia protegida por la mía...”

Se ve una plaza rodeada de arcadas o soportales, por debajo de los cuales pasan muchos hombres con capa y espada, vestidos a estilo del siglo XVII. También pasan damas vestidas poco más o menos como las que pintó Velázquez. Algunas van en litera cerrada llevada por negros y los caballeros las saludan quitándose el sombrero con plumas.

Entre este público de hidalgos españoles, pasan indios e indias. En fin un cuadro del México del tiempo de los conquistadores.

Se ve a Tovar que va con capa, espada y sombrero con plumas, como un conquistador que está descansando en la ciudad. Con él va Maldonado que al mismo tiempo que compañero es su escudero.

*(Este personaje debe ser interpretado por el mismo actor que interpretará al Maldonado moderno, o sea, su descendiente.)*

El conquistador Maldonado va más pobremente vestido que Tovar y muestra al hablarle cierta humildad, como si fuese su servidor.

“...cuando supimos que el capitán Montoya preparaba una [8] expedición al país misterioso llamado de las Siete Ciudades.”

Otros hidalgos españoles hablan con Tovar y le dan la noticia.

Tovar hace señas a Maldonado y se marchan los dos, saliendo de la plaza.

Una taberna de indios en la ciudad de México. Es una habitación de paredes blanqueadas con grandes tinajas de las que sacan el líquido para llenar jarras y vasos. Varios indios de la ciudad, con calzón y camisa, sirven a los parroquianos. Estos son en su mayoría soldados españoles. En la pared hay una imagen de la Virgen de Guadalupe, adornada con flores y ramas.

Sentado en una mesa está el capitán Montoya que es un viejo guerrero de cara enérgica, pero aspecto fatigado.

Un soldado joven escribe a su lado como secretario. Van llegando aventureros y se inscriben para la expedición.

Entran en la taberna Tovar y Maldonado después de fijarse en la bandera que está en la puerta, anunciando el reclutamiento para la expedición.

Tovar se sienta en la mesa con el capitán, mientras Maldonado permanece de pie.

El veterano acoge con agrado al joven aristócrata y conversan los dos amigablemente. El capitán le dice:

“Vos seréis mi segundo y si muero tomaréis el mando de la expedición”.

Al final salen los tres hombres de la taberna hablando amistosamente y vuelven a la plaza.

Un fraile misionero se une a ellos. Los tres le saludan y siguen hablando. El capitán dice:

“Más que riquezas lo que deseo descubrir es la Fuente de la Juventud que otros capitanes buscaron en aquellas tierras de misterio”.

Tevar levanta los hombros y ríe. Maldonado hace lo mismo. El fraile permanece impassible. El capitán añade con tristeza, mirando a sus dos compañeros:

“Como sois jóvenes ignoráis el valor de la salud. Después de tantas campañas en Flandes y en Italia, más vale para mí la juventud que la riqueza”.

[9] El capitán los mira a los dos y añade:

“¿Qué es lo que deseáis encontrar como premio en esta expedición?”

Tovar apoya su mano izquierda en la empuñadura de la espada, y contesta con arrogancia:

“Yo busco la gloria”.

Maldonado con un gesto sombrío contesta a su vez:

“Yo busco oro, porque sin él nadie es verdaderamente poderoso”.

El capitán hace la misma pregunta al fraile y este contesta:

“Yo voy en la expedición para conquistar almas”.

Se ve la expedición de los conquistadores españoles que avanza por el desierto de Arizona.

Unos van a pie y otros a caballo. Detrás marchan muchos indios portadores de los fardos de la expedición.

“Y el desierto con sus interminables soledades fue royendo las energías de los conquistadores y disminuyendo su número.”

Se ve otra vez cómo marcha la misma expedición, pero los hombres parecen otros. Sus ropas están andrajosas, las armas han perdido su brillo, los caballos están flacos y extenuados hasta parecer esqueletos. Todos los hombres tienen una cara de fiebre y una expresión de locura en los ojos.

Los hay que al marchar caen de pronto al suelo. Sus compañeros intentan reanimarlos pero, al ver que no pueden levantarse, el fraile que va en la expedición los bendice, y quedan tendidos para siempre en la arena.

Se ve cómo queda abandonado el cadáver, revoloteando sobre él las aves de presa, y cómo se pierde a lo lejos la triste línea de hombres y caballos que forman la expedición.

[10] “A los tres meses de marcha cayó el capitán Montoya sin haber podido encontrar la ansiada Fuente de la Juventud.”

Montoya está en el suelo con aspecto de agonizante. El fraile arrodillado junto a él reza.

Tovar se quita el capacete de acero y se inclina sobre su jefe escuchando sus últimas instrucciones. El moribundo le habla con voz entrecortada:

“Buscad la fuente milagrosa. Una juventud eterna vale más que la gloria y el oro”.

Después de decir esto se desploma en el suelo y Tovar luego de hacer el signo de la cruz sobre su pecho, se levanta y saca la espada. Todos acuden a él y extienden las manos o las armas, jurándole obediencia como jefe.

Se ve otra vez la expedición, cada vez menos numerosa y de aspecto miserable, que avanza por el desierto.

“Hasta que considerablemente mermada por el hambre, la sed y la fatiga, descubrió la expedición la más grande de las Siete Ciudades.”

Se ve una población india, igual a las que existen hoy todavía en los estados de New México o de Arizona, formada por casas blancas de diversos pisos, siendo los pisos en forma entrante, unos sobre otros, como los peldaños de una escalera y comunicándose entre sí por medio de escalas portátiles hechas con ramas de árboles.

Se ve a los habitantes de la población dedicados a sus tareas diarias. Las mujeres trituran el maíz en grandes morteros, los niños corretean y se revuelcan en el suelo, los hombres fuman sus pipas puestos en cuclillas y formando corro.

Se ve a un guerrero indio arrogante, vistiendo su traje de guerra y coronado de plumas.

“Picuri, llamado Cuerno Verde, el jefe de guerra más escuchado.”

Cuerno Verde ve llegar a varios indios que le comunican la proximidad de los españoles. Inmediatamente da el grito de guerra y empiezan a acudir indios armados con hachas de piedra y con arcos y flechas. Salen también [11] de las casas numerosas mujeres.

“La más hermosa de las indias, llamada Copo de Algodón por su blancura y la suavidad de su piel.”

Se ve a Copo de Algodón vestida de india, la cual debe ser representada por la misma actriz que más adelante interpretará el personaje de *miss* Gladys la pintora.

Cuerno Verde grita a los hombres para que le sigan, yendo al encuentro de los españoles. Todo el tropel de guerreros abandona el pueblo mientras las mujeres se suben a los últimos pisos de las casas para presenciar el combate.

En pleno campo. Primeramente se ve el grupo que forman los españoles con Tovar al frente, mirando con inquietud y con codicia la población india que se supone enfrente de ellos.

Los hombres extenuados y hambrientos han recobrado su aspecto de energía al aproximarse el combate. Se adelanta a ellos el fraile que va en la expedición y levantando en una mano el crucifijo arenga de lejos a los indios que permanecen invisibles.

Tovar inclinándose sobre su caballo habla a dos indios auxiliares que le sirven de intérpretes, y estos, después de hacer un movimiento de aprobación, avanzan para ir al encuentro de los defensores de la ciudad.

Ahora se ve el otro grupo próximo a luchar, compuesto de indios. Van a pie, y sobre sus cabezas ondean los adornos de plumas. Algunos más viejos tienen aspecto de hechiceros y con un braserillo en la mano queman hierbas, observando la dirección del humo y comentándola entre ellos. Los guerreros agitan las hachas sobre sus cabezas y ponen flechas en los arcos para disparar.

Cuerno Verde traza una raya en el suelo con una lanza corta que tiene en la mano, pero antes de que termine de trazar esta raya llegan los dos enviados de Tovar y dicen a Cuerno Verde y a los viejos hechiceros que le rodean:

“Los hombres blancos os hacen saber que solo desean descansar [12] en vuestras casas y continuarán su viaje, sin haceros daño”.

Cuerno Verde señala con arrogancia la línea que ha trazado y contesta:

“Decidles que si pasan esa línea morirán todos”.

Los hechiceros rodean al guerrero y el más viejo le dice:

“Los rostros pálidos disponen del rayo y el trueno y nosotros solo tenemos la flecha y nuestra astucia. Déjalos que entren en nuestra ciudad y tal vez no volverán a salir de ella”.

Cuerno Verde se resiste a esta solución, pero al fin tiene que ceder, vencido por las palabras de los ancianos, y se aleja ofendido.

Se ve a los españoles que entran en la ciudad siendo contemplados con fingida indiferencia por todos los indios que están en las terrazas de las casas.

“Algunos días después los conquistadores aprecian de distinto modo su permanencia en la ciudad.”

Don Alonso de Tovar pasea por una calle acompañado de un indio intérprete y de uno de los viejos hechiceros. Al pasar ante una casa ve junto a la puerta a Copo de Algodón que está tejiendo una manta de lana en un telar indio, como los que utilizan todavía las tejedoras, en el Gran Cañón del Colorado.

Don Alonso queda impresionado al ver a esta beldad y habla al intérprete, el cual conversa con el hechicero y acaba diciendo al español:

“Se llama Copo de Algodón y la encontraron sobre el cadáver de su madre, entre los restos de una expedición de hombres blancos que fue exterminada por los indios”.

Don Alonso y la joven se miran con mucho interés.

“A partir de este encuentro el conquistador no piensa en continuar sus exploraciones.”

Se le ve cómo pasea completamente solo ante la casa de la india y cómo se detiene para hablarla, sin que ella le pueda entender.

[13] Copo de Algodón hace signos de que no le entiende, pero le sonríe y le mira con una sumisión amorosa. Don Alonso le acaricia las manos y acaba bes ndola.

Se ve en el fondo de la callejuela india a Cuerno Verde que pasa con una expresión de disimulo, lanzando una rápida mirada de odio al español.

“Otro que encuentra interesante su permanencia en la población.”

Se ve al fraile que habla, mostrando un crucifijo a los grupos de indígenas, hombres y mujeres que le escuchan, unos de pie, otros sentados en el suelo. Todos ellos le miran con una absoluta indiferencia.

Algunos de los viejos hechiceros mezclados entre el público ríen con una expresión maligna, ocultando su cara, mientras el fraile continúa con entusiasmo su predicación.

“Los soldados también encuentran agradable este descanso.”

Varias mujeres indias trituran el maíz en morteros de piedra, hacen pequeñas tortas y las cuecen al fuego. Algunos españoles se las comen tan pronto como son apartadas del fuego, y vigilan igualmente el hervor de los pucheros indios puestos en las llamas, así como algunos pedazos de carne atravesados por un asador.

“El  nico que no está contento.”

Se ve a Maldonado con gesto sombrío, paseando por la plaza de la población india.

Al ver a Tovar que se aproxima cogido de una mano de Copo de Algodón y habl ndola con una expresión amorosa y protectora al mismo tiempo, Maldonado sonríe sarcásticamente.

Al fin la india como si temiese a Maldonado, al que mira con inquietud, se apresura a huir con un miedo de niña; pero antes de marcharse arroja sobre don Alonso varias flores que lleva en la mano.

Don Alonso se acerca con un aire sonriente y feliz a su compañero y este le dice:

[14] “No creo que hayamos venido para enamorar indias. Necesitamos oro y no se ve oro por ninguna parte. Hay que escarmentar a estas gentes que se ríen de nosotros”.

Don Alonso hace un gesto de indiferencia, y como ve que Copo de Algodón ha vuelto y se mantiene a cierta distancia pretendiendo atraerle con su sonrisa de una gracia infantil, el conquistador corre hacia ella dando a entender a su compañero que no quiere por el momento escuchar sus quejas.

“La noche protegía los planes de venganza contra los intrusos.”

Se ve la plaza del pueblo en cuyo centro está la llamada “estufa”, tal como existe hoy todavía en los pueblos indios de Arizona y New México. Es un edificio circular, de techo plano, en cuyos muros en curva no hay ninguna puerta ni ventana. Se entra en él por un agujero o escotillón que hay en el techo.

Se ve a la luz de la luna cómo van llegando envueltos en sus mantos, como si fuesen fantasmas, los viejos hechiceros y otros personajes indios, entre ellos Cuerno Verde. Suben por una escalera de palo a lo alto de la “estufa”, marchan por su techo plano hasta llegar al agujero que sirve de entrada y bajan por otra escalera al interior del edificio.

El interior de la “estufa”. Muchos de los indios están en cuclillas fumando gravemente, mientras los otros van bajando la escalera de palo y vienen a sentarse al lado de sus compañeros.

La pared es circular y blanca, sin otro adorno que algunas cabelleras de enemigo clavadas en ella. Hay un gran cántaro de boca ancha que todos miran respetuosamente.

Cuando está completo el número de los reunidos, el hechicero más viejo habla y todos le escuchan gravemente. Algunos no dejan de fumar mientras escuchan. El hechicero muestra desaliento y dice con tristeza:

“Aún no ha llegado la hora de acabar con ellos. Nuestros dioses nos aconsejan la calma con su inmovilidad”.

[15] El viejo se dirige al gran cántaro que ocupa el sitio de honor y metiendo los brazos en él, saca con trabajo una serpiente boa, enorme y pesada, que sostiene en sus brazos.

“Ved cómo duerme la Gran Madre. Cuando llegue la hora de atacar ella despertará, agitando la flecha de su lengua e infundiéndonos valor con sus silbidos.”

Los demás hechiceros aprueban con signos afirmativos lo que dice su camarada.

Cuerno Verde hace gestos de desprecio dando a entender que considera propicios todos los momentos para atacar a los conquistadores. Al fin se levanta con arrogancia y dice:

“Ya que preferís esperar a que despierte la Gran Madre, no me llaméis más. Acordaos de mí únicamente cuando entonéis el canto de guerra”.

Y se dirige a la escalera para salir de la estufa, pero le hacen detenerse los gestos de algunos de sus camaradas, pidiéndole que no se marche. El más viejo de los hechiceros sigue hablando:

“Los blancos solo quieren oro y como hemos ocultado el que conquistaron nuestros abuelos en sus guerras, acabarán por marcharse en busca de otros pueblos más ricos”.

Algunos de los indios hablan preguntando si el tesoro está bien guardado. El hechicero más viejo hace un gesto de seguridad y dice:

“Cuerno Verde y yo conocemos únicamente el lugar donde el tesoro está oculto. No hay miedo de que los blancos lo descubran”.

Cuerno Verde asiente con un grave movimiento de cabeza. Después de esto se van marchando los indios escala arriba y se ve cómo salen de la estufa, encogidos y envueltos en sus mantos, desapareciendo por las callejuelas inmediatas.

Un jardincito, entre cercas de piedras puestas unas sobre otras, a espaldas de la casa en que vive Copo de Algodón. Este pequeño jardín es de cactus [16] y nopales con algunas plantas floridas. Varias palomas aletean en torno de Copo de Algodón, la cual les ofrece en una mano copos de maíz.

Cuerno Verde está sentado en un montón de piedras con la cara apoyada en una mano y mostrando una expresión dura y trágica. Al fin habla con gestos que unas veces parecen de súplica y otras de amenaza, y acaba diciendo:

“Mataré al hombre blanco si continúas sonriéndole”.

Copo de Algodón le mira imperiosamente y le dice con arrogancia:

“Y yo me mataré sobre su cadáver, y no me verás más”.

Cuerno Verde enfurecido por estas palabras la mira amenazante, pero ella que está acostumbrada a dominarlo sostiene su mirada y al fin el terrible guerrero acaba por bajar sus ojos con una expresión de vencido.

Luego su rostro muestra una emoción de tristeza como si fuese a llorar y mueve los labios diciendo:

“¡Tanto le amas, que quieres morir por él!”...

Ella hace un gesto afirmativo, y él queda aún más desalentado y al fin vuelve poco a poco la espalda y se aleja.

Se ve a Cuerno Verde marchando por entre las casas indias, pensativamente. Luego murmura:

“Imposible matar a ese blanco... Sería matarla a ella... Debo buscar otro medio para librarme de su presencia”.

El indio se aleja, siempre pensativo.

Vuelve a verse el pequeño jardín de Copo de Algodón.

Don Alonso está sentado en el mismo montón de piedras que ocupó el jefe indio. Copo de Algodón está en el suelo y reclina la cabeza en sus rodillas mirándolo con adoración mientras él la habla.

“Escuchando al conquistador resucitan en su memoria palabras completamente olvidadas, y empieza a recordar el rostro pálido de su madre.”

Se ve otra vez el grupo que forman los dos jóvenes, pero ahora los dos están de pie cogidos de las manos en una actitud amorosa. Él le dice:

[17] “Vendrás conmigo, participarás de mi suerte. Mi religión es la de tus padres y debes seguir a uno de tu raza”.

La plaza del pueblo. Maldonado escucha a Cuerno Verde, el cual no puede ocultar la repugnancia que le inspira este personaje. Pero le habla con una expresión persuasiva:

“Puedo darte más oro que tú soñaste nunca. Te llevaré a un lugar donde tú y tu jefe encontraréis oro por encima del casco con que os cubrís para matar a vuestros enemigos”.

Maldonado le escucha con ansiedad brillándole los ojos de codicia. Hablan aún largo tiempo y al fin se separan con gestos de aprobación como si se hubiesen puesto de acuerdo.

Una casa india en la que está instalado Alonso de Tovar. Este se halla sobre la silla y otros jaeces de su caballo que le sirven de asiento. Colgando de la pared está su casco, su espada y su coraza.

Un muchacho como de quince años, que es su paje de armas, está limpiando su espada que ha sacado de la vaina y habla con él.

“Es Lionel, paje de don Alonso, que le ha acompañado desde España.”

Entra Maldonado con varios soldados de la expedición, los más viejos y de aspecto malhumorado, los cuales se quedan a la puerta, aprobando todo lo que dice el otro. Maldonado habla así:

“Capitán: los hombres se quejan de que perdemos el tiempo en este lugar. Hay que marcharse. Yo sé dónde hay oro”.

Los soldados insisten en apoyar lo que dice Maldonado y el jefe acaba por aceptar, aunque con visible repugnancia, la decisión de marcharse del pueblo.

Una callejuela del pueblo y Cuerno Verde pensativo y hablando para sí mismo:

“Haré traición a los míos: revelaré el secreto a los blancos para que se lleven el tesoro y que ese hombre no vuelva. ¿Qué me importa la pérdida del oro si Copo de Algodón no se va con él?”

Otra vez la llanura desierta y la expedición de conquistadores que se [18] ha puesto en marcha. Cuerno Verde camina delante de Tovar que va a caballo.

La expedición hace alto en un lugar montañoso y se prepara a acampar.

Cuerno Verde seguido únicamente de don Alonso y Maldonado empiezan a marchar por un sendero abrupto. Llegan a una grieta entre dos rocas y el indio se introduce por ella. Los dos españoles dudan un momento pero le siguen denodadamente.

Al otro lado de las rocas. Los tres hombres salen por la grieta y continúan avanzando por una especie de cueva, pero en la cual penetra la luz del día.

El indio se detiene ante varios montones de barras entrecruzadas como si fuesen leños y que son lingotes de oro. Maldonado ha sacado la espada y pega con ella en los lingotes. Se ve su rostro contraído por la codicia mientras su boca murmura con admiración:

“¡Todo oro!”

Luego los tres hombres pasan ante una fila de cántaros en los que meten las manos y vuelven a sacarlas, dejando caer una lluvia de pequeñas barras.

Se ve ahora la cabeza de don Alonso que no muestra la expresión feroz de su compañero, pero sí un asombro franco, y que dice:

“¡Más oro!”

Se ve la cabeza de Cuerno Verde que sonríe con cierto desprecio viendo el entusiasmo con que los dos hombres blancos admiran el rico metal. Luego murmura:

“Y por un pedazo de este metal los hombres blancos cometen toda clase de crímenes”.

Otra vez el lugar donde ha acampado la expedición.

Maldonado pasea incesantemente con aspecto preocupado.

Don Alonso está sentado en unas piedras y parece preocupado, igualmente. Lionel su paje llega y dice:

“Señor: Cuerno Verde acaba de huir. Lo he visto cómo corría hacia su [19] pueblo”.

Don Alonso hace un gesto indiferente. Maldonado que ha oído la noticia hace un gesto igual y dice:

“Si se ha arrepentido de habernos descubierto el tesoro ya es tarde... Y si vuelve con sus guerreros para quitárnoslo, lo recibiremos con las puntas de nuestras espadas”.

Se ve a un grupo de conquistadores que se dirige a Maldonado y habla acaloradamente. Van al frente de este grupo los mismos soldados que acompañaban a Maldonado cuando entró en el alojamiento de Tovar.

Maldonado después que discute con ellos se acerca a don Alonso y dice:

“Capitán: los hombres no quieren esperar más y exigen que se haga el reparto”.

Todos los soldados apoyan con sus gritos y sus gestos estas palabras de Maldonado.

Tovar acepta con un gesto, y mientras los soldados se desparraman haciendo comentarios alegres en vista de la orden, Maldonado se acerca a Tovar y le dice confidencialmente:

“Solo he hecho traer del escondrijo una pequeña parte del tesoro”.

Tovar protesta con el gesto, pero Maldonado le contiene antes de que hable y dice:

“Con lo que recibirán pueden considerarse ricos. ¿Para qué darles más? El resto es para nosotros que hemos hecho verdaderamente el descubrimiento”.

Tovar quiere insistir en sus protestas, pero parece ejercer sobre él una influencia infernal, y domina su voluntad.

Mientras Tovar queda indeciso, van llegando los indios auxiliares de la expedición que caminan doblados bajo el peso de los sacos que contienen los lingotes de oro o llevando estos en angarillas formadas con troncos. Van formando montones con los lingotes, bajo la mirada vigilante de los [20] soldados que se empujan con una alegría infantil y otras veces quedan serios y con cierta agresividad, vigilando el modo como Maldonado distribuye el precioso metal.

Don Alonso de Tovar se ha ceñido la espada y se ha puesto el casco, como para un acto solemne. Detrás de él, su paje Lionel sostiene una lanza en cuyo extremo ondea una pequeña bandera con un águila de dos cabezas.

Los indios auxiliares ayudados por algunos españoles van formando montones de oro, siguiendo las órdenes de Maldonado.

Un hombre vestido de negro, con aspecto de leguleyo, que es el escribano y contador de la expedición, y el cual ha figurado montado en una mula en todas las escenas anteriores en que apareció la expedición, se ha puesto ahora unos anteojos redondos de concha, y empieza a leer solemnemente un papel:

“La quinta parte del oro recogido es para el rey nuestro señor”.

Todos saludan con sus armas al oír el nombre del rey.

Se ve cómo los hombres dirigidos por Maldonado reúnen la quinta parte del oro, la cual forma un gran montón.

Otra vez el escribano que sigue leyendo:

“Todo hombre de a pie recibirá un pequeño montón y los de a caballo, dos”.

Se ve cómo han ido formando los trabajadores pequeños montones de oro en el suelo y cómo los soldados acuden al llamamiento que hace el escribano leyendo los nombres en una lista. Cada soldado escoge su montón o sus dos montones apresurándose a meter el oro, unos en el saco donde guardan los piensos de sus caballos, otros en una manta de indio que convierten en bolsa, en sus cascos de acero o en sus propias capas.

Todos los hombres de la expedición van cargados con el oro y no saben qué hacer de él, asombrados de su buena fortuna y fatigados por el peso de su tesoro.

“Queda un montón intacto, el que corresponde al misionero, pero este se quedó en el pueblo, para conquistar almas.”

Se ve a los soldados que gritan y buscan al fraile, y al fin desisten de [21] ello, dando a entender con sus gestos que se ha quedado allá lejos, en la población india.

El mismo campamento pero es de noche. Don Alonso y Maldonado hablan sentados junto a una hoguera, y Lionel el paje dormita tendido en el suelo junto a los pies de su señor. Maldonado dice:

“No podemos llevarnos ahora el resto del tesoro. Habría que partirlo con los demás. Volveremos a buscarlo en una expedición menos numerosa”.

Tovar asiente con movimientos de cabeza y Maldonado continúa:

“Tampoco podemos dejarlo donde está, pues los indios volverían a quitárnoslo”.

Los dos hombres siguen hablando con animación.

“Y decidieron que don Alonso retrocediese hacia las Siete Ciudades, con los soldados, mientras Maldonado trasladaría el tesoro a otro lugar con un grupo de indios auxiliares.”

Otra vez los dos conquistadores que acaban su conversación y se ponen de acuerdo.

Se ve a la expedición que vuelve hacia la ciudad india. Los pocos indios auxiliares que la siguen van extremadamente cargados con los fardos y sacos de oro. Los soldados van también muy cargados y se apoyan en sus armas mientras caminan encorvados bajo el peso del oro. Los caballos también llevan sobre las ancas gruesos fardos.

Se ve a lo lejos la población india y don Alonso mira varias veces con una expresión de extrañeza, poniéndose una mano sobre los ojos. Luego habla a su paje que marcha a pie junto a él:

“Cualquiera diría que el pueblo ha sido abandonado por sus habitantes”.

Se ve entrar la expedición por las primeras callejuelas del pueblo. Todas las casas están abandonadas. No se ve a nadie en las calles ni en las terrazas.

Llegan los españoles a la plaza. Cerca de la estufa los primeros soldados [22] ven a un hombre que está atado a un poste y dan gritos de asombro al reconocerlo.

“Es el padre misionero que se quedó para cristianizar a los indígenas.”

El misionero está atado a un poste con el cuerpo atravesado de flechas y la cabeza caída. Es el cadáver de un mártir.

Se ve el interior de la estufa. Varios hechiceros y guerreros están sentados cerca del cántaro sagrado. De repente el hechicero más viejo da un grito de entusiasmo al ver que la serpiente sagrada se levanta del cántaro y se yergue amenazante.

Todos dan gritos de entusiasmo y empiezan a salir por la escalera de madera.

El viejo hechicero desde los altos de la estufa empieza a dar gritos moviendo su manto como las alas de un pájaro.

Abajo en la plaza está el fraile, con su aspecto de inspirado, hablando a la muchedumbre india que le escucha con una estupidez impasible, mirándole fijamente.

El misionero muestra el crucifijo que tiene en la mano. Pero los indios dejan de mirarle para fijar su vista en lo alto de la estufa donde sigue gritando el hechicero.

“¡Nuestro dios ha resucitado! ¡Miradlo aquí!”

Y el hechicero señala a otros dos compañeros suyos que acaban de sacar de la estufa el cántaro sagrado.

Toda la muchedumbre india se ha puesto de pie con un frenesí belicoso dando gritos de guerra. Aparecen hombres con hachas o con arcos y flechas. Un grupo de mujeres cae sobre el misionero y ayudada por varios hombres lo atan a un poste. Inmediatamente los guerreros indios empiezan a disparar flechazos contra él.

[23] Se ve cómo llega Cuerno Verde. Ahora va armado con su hacha de guerra y corona de plumas, lo mismo que cuando se anunció la llegada de los españoles. Ha recobrado su aspecto de jefe.

Se ve cómo, seguido de otros guerreros, se dirige a la casa donde está tejiendo Copo de Algodón. En vano intenta ella resistirse. Los guerreros se la llevan.

Se ve cómo las gentes, obedeciendo una orden de los hechiceros, empiezan a salir de las casas, llevándose sus ropas y otros objetos. Este éxodo de gente pasa por la

plaza ante el cadáver del misionero y muestra cierto temor al verlo, continuando apresuradamente su fuga.

“Temiendo la venganza de los conquistadores toda la población se apresura a huir.”

Otra vez la ciudad abandonada y los españoles que avanzan por sus calles con aire asombrado y sin encontrar a nadie.

La casa de Copo de Algodón. Don Alonso entra en ella mirando a un lado y a otro sin encontrar a nadie. Llega después al jardincillo y se muestra triste al ver la misma soledad.

“Dos días después.”

La misma casa india donde estuvo alojado antes don Alonso. El paje Lionel está ocupado en limpiar sus armas, mientras su amo muestra una expresión melancólica.

Llega Maldonado cubierto de polvo y cansado, como después de una larga marcha. Don Alonso y él se abrazan y después hablan. Maldonado dice:

“El tesoro ha quedado oculto en otro lugar. He aquí el plano para volver a encontrarlo”.

Le muestra un papel, don Alonso lo mira y lo guarda en su pecho. Maldonado sigue hablando y dice con una solemnidad tétrica, mientras el paje finge que solo se ocupa en la limpieza de las armas:

“Solo nosotros dos sabemos dónde está el tesoro”.

Tovar le mira con asombro y dice:

[24] “¿Y los indios que lo trasladaron?”

Maldonado sonríe de un modo cruel y responde:

“Ya no existen. Yo mismo los he suprimido uno a uno. En asuntos de esta importancia sobran los escrúpulos”.

Tovar se levanta con un ademán de protesta. Se muestra indignado, increpa a su compañero, pero este dice con una frialdad cínica:

“Es tarde ya para protestar. Yo no puedo resucitarlos”.

Tovar queda triste y malhumorado por este suceso, pero Maldonado no muestra la menor emoción.

Vuelve a aparecer el comedor del viejo palacio de Extremadura. Don Sebastián el bibliotecario lee el cuaderno encontrado en el archivo mientras le escuchan Fernando Tovar y su amigo Maldonado. El bibliotecario sigue leyendo:

“... y nunca más volví a ver a la dulce Copo de Algodón. De Cuerno Verde tuve noticias todos los días durante mi vuelta”.

Se ve otra vez la expedición de conquistadores que avanza por el desierto lentamente. Ya nadie va a caballo. Todos ofrecen un aspecto de desaliento y derrota.

Desde las alturas cercanas al camino los indios, tendidos en el suelo y medio ocultos entre los matorrales, disparan sus arcos, enviando flechas contra la expedición.

Algunos soldados caen y hasta el último momento conservan el saco de oro, muriendo abrazados a él.

“Con frecuencia nos atacaron y perdí la mayor parte de mi gente, así como el oro que nos habíamos repartido...”

Vuelve a verse a don Alonso con casco, coraza y la espada en la mano, marchando a pie, seguido de Maldonado y un grupo de los suyos.

Se ve también cómo Cuerno Verde y los indios marchan por otro lugar disparando sus arcos.

[25] “... hasta que al fin con la ayuda de Dios volvimos a tierra de cristianos y meses después me embarqué para España con el propósito de volver en busca del tesoro.”

Otra vez el comedor del palacio de Extremadura y don Sebastián que acaba de leer y cierra el libro.

Los dos jóvenes le escuchan con gran interés y le hacen signo para que continúe, pero don Sebastián hace un gesto negativo y dice:

“Aquí se interrumpe la relación. El conquistador no escribió más”.

Se ve cómo los dos jóvenes hacen un gesto de decepción. Don Sebastián sigue hablando y dice:

“Pero yo sé que don Alonso regresó al Nuevo Mundo con su compañero de armas, y allá murió en un combate con los indios cuando iba en busca del tesoro. Maldonado trajo su cadáver que está en la capilla de este palacio”.

Se ve a don Sebastián que habla con la misma expresión de un profesor que está dando una lección y añade:

“Luego Maldonado emprendió por tercera vez el viaje a aquellas tierras y nadie volvió a saber de él. Esto es todo lo que puedo decir”.

Fernando hace un gesto de indiferencia indicando que ha perdido interés por esta historia. Maldonado permanece pensativo. Don Sebastián parece ofenderse por la indiferencia de Tovar y dice:

“El tesoro ha existido: de eso no me cabe ninguna duda. En este libro figura el plano del lugar donde está oculto”.

Muestra una página del libro donde aparece dibujado de una manera grosera y a la antigua el lugar del tesoro.

Dos líneas sinuosas indican un barranco que desemboca en un río ancho. En el río hay una indicación en español: “Río Colorado”.

En lo alto del barranco a un lado hay un círculo y dentro de él la inscripción: “Aquí está el tesoro enterrado bajo una piedra con siete cruces”.

[26] Fernando mira el plano y después vuelve la cabeza con el mismo gesto de indiferencia. Bosteza, empieza a mostrar sueño, parpadea.

En cambio Maldonado se fija con mucha atención en el plano siguiendo todos los detalles que don Sebastián le va marcando con el dedo.

Los dos amigos se han levantado de la mesa y don Sebastián también. Los tres se despiden y se separan.

Don Sebastián vuelve a acariciar su libro hablando a los dos jóvenes con entusiasmo y admiración del viejo volumen.

“Aquella noche el único que no vio en sueños a don Alonso de Tovar fue su descendiente.”

Se ve a Fernando que empieza a dormirse metido en su cama. Contempla en sueños el lujoso restaurant de París: las mujeres elegantes que le acompañan; toda la fiesta alegre de Montmartre. Todo esto debe verse en el *écran* como visiones de ensueño.

De repente despierta y hace un gesto de tristeza y desaliento al ver que lo soñado no es verdad.

Don Sebastián metido en su cama duerme, roncando estrepitosamente.

“El bibliotecario sueña con que ha descubierto la segunda parte de la historia del tesoro del conquistador.”

Se ve a don Sebastián en el archivo del palacio de los Tovar, rodeado de estantes de libros viejos, unos encuadernados y otros con tapas de pergamino. De repente, al abrir uno, hace grandes gestos de entusiasmo, pero la escena se desvanece y vuelve a verse otra vez a don Sebastián que ha despertado y se incorpora en su cama restregándose los ojos y haciendo un gesto de desaliento.

“Maldonado es el único que sueña toda la noche sin despertarse.”

Se ve a Maldonado dormido, con las cejas fruncidas y un gesto siniestro.

Se marca en el fondo negro del dormitorio una luz fantástica y en este círculo de luz aparece la cabeza del otro Maldonado, o sea del terrible conquistador que guardó el tesoro.

Este habla a su descendiente.

[27] “Y durante toda la noche creyó que alguien le contaba una historia que él había vivido siglos antes.”

### Tercera parte

El archivo del palacio de los Tovar donde está trabajando don Sebastián. Este con grandes anteojos de concha lee viejos documentos y toma notas.

Fernando entra y el bibliotecario le recibe con grandes muestras de cariño.

Después le va mostrando los diversos estantes del archivo. Como este archivo está instalado en el último piso del palacio, o sea en las buhardillas, el techo es algo bajo y las ventanas son pequeñas. Los estantes son de simple madera, sin adorno alguno, y están cargados no solo de libros sino también de grandes legajos de papeles. Todo está cubierto de telarañas y polvo, como si hubiesen pasado muchos años sin que nadie entrase en el archivo.

Don Sebastián señala con entusiasmo esta inmensidad de papeles y dice:

“Tal vez está ahí oculta la continuación de la historia del tesoro. ¡Pero hay tanto que leer aquí!... ¡Tal vez muera yo antes de encontrarla!”.

Don Sebastián queda como desalentado por la inmensidad de la tarea que aún le queda por cumplir. Luego añade:

“Lo único que puedo mostrarte es la tumba de tu abuelo don Alonso. ¿Quieres verla?”.

Fernando hace un gesto afirmativo y los dos salen del archivo.

Una antigua capilla que hace mucho tiempo que no está dedicada al culto. Igual aspecto de vejez y de rutina que en el archivo.

Los santos de los altares son muy viejos y están deformados o rotos. En el techo hay una rotura por donde entra a raudales la luz del sol.

El suelo es desigual y rugoso, porque lo forman numerosas lápidas sepulcrales en las que se notan los relieves de inscripciones, de escudos de armas esculpidos y de figuras yacentes.

En el muro, junto a un altar, una sepultura de viejo mármol. Está sostenida por dos pequeños leones y tiene arriba en la tapa un caballero de mármol tendido de espaldas, y con la espada que descansa sobre él, desde el pecho hasta los pies.

Entran en la capilla don Sebastián y Fernando.

El archivero dice:

“Esta es la antigua capilla del palacio, pero hace muchos años que no está dedicada al culto”.

Don Sebastián sonríe y añade:

“Las tumbas de tus ilustres abuelos están un poco descuidadas”.

Se ve sobre una tumba un gato que se arquea y empieza a correr de repente detrás de un ratón. Sobre otra tumba una perra está rodeada de sus perritos.

Don Sebastián se aproxima a la tumba del caballero de mármol y dice:

“Aquí está don Alonso. ¡Quién sabe si enterraron con él la segunda parte de su interesante historia!...”

Se ve la cabeza de Fernando que mira a su antiguo profesor con una expresión irónica. Don Sebastián sigue hablando, sin darse cuenta de esto:

“A veces pienso que si abriese la tumba podría encontrar en ella nuevos datos sobre el célebre tesoro”.

Fernando acaba por reír y se lleva un dedo a la frente, como para indicar que su antiguo maestro está algo loco.

Mientras tanto ha entrado en la capilla Maldonado.

Avanza y se detiene al fin junto a los dos hombres, oyendo con atención lo que dice don Sebastián.

Fernando, al verle, repite su gesto indicando la locura del archivero, pero Maldonado no participa de su sonrisa. Por el contrario sigue mostrándose grave y preocupado. Maldonado le dice:

[29] “Tengo que hablarte”.

Fernando hace un signo de asentimiento y los dos se marchan dejando a don Sebastián que está vuelto de espaldas a ellos, examinando la tumba con gran atención.

Un salón del palacio de los Tovar. Los dos amigos se sientan en sillones antiguos y Maldonado dice:

“Desde la otra noche que no ceso de pensar en el tesoro del conquistador”.

Fernando empieza a reír y hace un gesto como diciendo “¿Tú también?”.

Pero Maldonado corta esta risa con un ademán grave, y sigue diciendo:

“Tú eres pobre, yo lo soy también, y es natural que nos interese esta historia”.

Fernando contesta con extrañeza:

“¿Tú pobre?... Eres mi acreedor y te debo cuanto me queda”.

Maldonado dice con lentitud:

“Lo que te queda es muy poco; y yo por mi parte estoy casi arruinado, aunque procuro que nadie lo sepa”.

Se ve el interés y el asombro que despierta en Fernando esta noticia inesperada. Maldonado continúa hablando:

“A ti te han arruinado las mujeres; yo soy víctima de otra pasión”.

Se ve una mesa de una casa de juego. Entre los que apuntan figura Maldonado, como el jugador más tenaz y que arriesga más dinero. Siempre pierde y los empleados del banquero se llevan con sus raquetas las sumas que él apunta. Al final se aleja de la mesa con gestos de desesperación.

Otra vez el salón del palacio de los Tovar. Maldonado sigue hablando:

“Quiero hacerte una proposición. Vámonos juntos a América, a descubrir el tesoro que dejaron allá nuestros abuelos”.

Fernando empieza a reír como si encontrase muy estafalaria esta proposición. Maldonado no le hace caso y continúa con gravedad:

[30] “Aún nos queda dinero para hacer el viaje y estoy seguro de la existencia de ese tesoro como si lo hubiese visto”.

Queda meditabundo y hablando como para él mismo añade:

“Lo he visto seguramente en una existencia anterior y todas las noches vuelvo a verlo”.

Fernando como influenciado por el gesto y las palabras de Maldonado no muestra ya deseos de reír y le mira gravemente.

Maldonado le mira también con fijeza y añade:

“Tú tienes el plano para encontrar el tesoro. Este lo repartiremos entre los dos, como quisieron hacerlo nuestros abuelos”.

Fernando no dice nada, pero se queda mirándole, tentado por su proposición y al mismo tiempo dudando de su oportunidad.

Maldonado después de un largo silencio le tiende una mano y pregunta simplemente:

“¿Vamos?”.

Fernando duda, intenta hacer un gesto sonriente para indicar que esta proposición le parece una locura, pero la gravedad de su amigo acaba por vencerle. Avanza también una mano, estrecha la de Maldonado y contesta lacónicamente:

“Vamos”.

Después de esto los dos se levantan con un aire de resolución.

“*Miss Gladys Balmoral, pintora que vive siempre en el Oeste.*”

Aparece *miss Gladys* que es una joven hermosa, vestida con traje de campo, como corresponde a una artista que pinta al aire libre.

Miss Gladys está sentada ante el caballete pintando un lienzo. Frente a ella hay una india con varios indios pequeños que le sirven de modelos.

“Un descendiente de los antiguos apaches que desea hacer una vida distinta de la de sus abuelos.”

Aparece Vacapa que es un indio joven y de aspecto fuerte y hermoso.

*(Este actor debe ser el mismo que ha representado el papel de Cuerno [31] Verde. También la actriz que interpreta el papel de miss Gladys debe ser la misma que interpretó el tipo de Copo de Algodón.)*

Vacapa aunque es indio va vestido como un ciudadano americano con la cara afeitada y peinado lo mismo que los blancos. Sus ademanes revelan que ha recibido educación en una escuela.

Está sentado en una silla leyendo atentamente un libro. Se halla a la puerta de una casa de indios. Cuando acaba de leer, se levanta y entra en la casa.

Una india vieja y gorda está sentada en el suelo tejiendo una manta en un telar indio.

“Es la madre de Vacapa.”

Resulta muy rudo el contraste entre esta india que guarda su traje nacional con bárbaros adornos y su hijo que va vestido como un gentleman.

Vacapa se acerca a su madre y la besa, anunciándole con sus ademanes que va a marcharse. La madre le mira fijamente y dice con lentitud:

“Todas las muchachas de nuestra sangre piensan en ti, y tú solo en esa blanca que copia sobre la tela lo que ve”.

La india queda en silencio y añade:

“Hice mal en dejarte ir a la escuela del maestro blanco. ¡Quién sabe si acabarás avergonzándote de los tuyos!”.

Vacapa acoge estas quejas con un gesto de tristeza y dice:

“Madre: por mantenerte a ti y a mis hermanos, soy yo el que durante las noches de invierno sufro la mayor de las vergüenzas”.

Luego da un beso en la frente a su madre y sale de la casa.

Otra vez *miss Gladys* que sigue pintando la familia india.

Llega Vacapa y la saluda de un modo que revela su amor, sumiso y tímido. Gladys que no quiere fijarse en sus gestos de adoración, le da la mano varonilmente, como si fuese un camarada, y le enseña lo que está pintando.

“Una franca amistad unía a la americana y al indio civilizado, desde [32] que una tarde...”

Se ve a tres indios mestizos vestidos a la americana, pero andrajosos y de aspecto temible, que marchan por un camino, pasándose de mano en mano una botella. Los tres parecen borrachos.

*Miss Gladys* está sentada al borde del camino dibujando en un álbum.

Los tres bandidos, al verla, se dan con el codo, se hablan para ponerse de acuerdo y caen sobre ella, intentando besarla.

La pintora se defiende valerosamente pero como son tres contra ella va a sucumbir, cuando aparece Vacapa. Este empieza a puñetazos con los tres y al ver que los bandidos sacan cuchillo, él saca un revólver.

Los bandidos huyen y la joven da muestras de agradecimiento a su salvador.

“A partir de entonces Vacapa dedicó todas sus horas libres al servicio de la pintora.”

Se les ve otra vez a los dos hablando ante el cuadro que está pintando *miss Gladys*. La modelo india se ha marchado con sus niños. Gladys dice:

“Solo me gusta pintar escenas de la vida india. Por eso vivo aquí”.

Él aprueba esta predilección con una sonrisa admirativa. Ella continúa hablando:

“En mi niñez me dijeron que una de mis remotas abuelas fue india o española; no sé bien. De todos modos hay en mi sangre algo que se siente atraído por esta tierra”.

Vacapa sigue mirándola con admiración y ella le dice sonriendo:

“A mí no me gusta usted vestido de ese modo. Le prefiero con plumas y lanza, como sus antecesores los indomables guerreros”.

Vacapa contesta:

“Me he educado en la escuela de los blancos y amo su civilización. Soy menos indio que mis hermanos pero no por esto reniego de mi pasado”.

Los dos siguen hablando.

[33] “Vacapa invita a la joven a que vea la danza de las águilas en la fiesta de su pueblo.”

La pintora acepta y los dos jóvenes se estrechan la mano.

La plaza de un pueblo indio.

Es la fiesta del pueblo y una docena de jóvenes indios bailan la llamada “danza de las águilas”. Todos ellos llevan sobre su cabeza una cabeza de águila. La espalda está cubierta con un manto de plumas y sus brazos van metidos en unas alas iguales a las de las águilas.

Vestidos de este modo se mueven y bailan imitando el vuelo de las águilas. La música se compone de varios tambores que tocan con las manos otros indios con coronas de plumas.

*(Este baile ha sido representado muchas veces por pintores americanos. En el Museo de Pinturas de Santa Fe, capital de New México, hay varios cuadros de pintores americanos que se pueden utilizar como documento para una exacta reproducción cinematográfica. También bailan los indios otras danzas representando combates y luchas de animales que están representadas igualmente en cuadros de dicho museo y que aún siguen bailándose todos los años en las fiestas indias de New México y de Arizona. Estos bailes pueden ser muy interesantes como una manifestación de la vida india que todavía subsiste en los Estados Unidos.)*

El público que presencia estas danzas está compuesto todo de familias indígenas: unas, vestidas a la usanza india, y otros, llevando mezcladas prendas del traje americano, lo que les da un aspecto grotesco.

Vacapa pasa entre el público abriendo paso a miss Gladys y esta, que es la única mujer con traje moderno que hay en toda la concurrencia, se sienta en primera fila y mira el baile, haciendo ligeros apuntes en un álbum.

“El Gran Cañón del Colorado.”

[34] Luego se ve el hotel y la estación del ferrocarril con su letrero que dice “El Tovar”.

La puerta del hotel y la llegada de los viajeros que acaba de traer el tren. Unos llegan a pie y otros en carruajes desde la estación.

Miss Gladys con su equipaje de pintora figura entre los viajeros que llegan.

Otros dos viajeros bajan de un coche; son Fernando de Tovar y su compañero Maldonado. Los dos señalan con alegre sorpresa el letrero “El Tovar” y Fernando dice:

“Es un recuerdo del paso de mi ascendiente por aquí, hace tres siglos”.

Se ve a los dos amigos al borde del precipicio inmenso el panorama del Gran Cañón.

Fernando dice:

“Me imagino la emoción del puñado de españoles que por primera vez descubrió esta maravilla”.

Desaparece el hotel, las casas inmediatas, los automóviles, todo lo moderno, y se ve un pequeño grupo de catorce conquistadores al frente de los cuales marcha don Alonso de Tovar.

Todos ellos tienen un aspecto de miseria y de cansancio, pero sin perder su aspecto enérgico.

Caminan por un lugar abrupto y desierto donde solo hay peñas y, al llegar al borde del precipicio, se detienen asombrados y al fin agitan las espadas saludando el descubrimiento del Gran Cañón.

Se desvanece esta visión del tiempo de la conquista y vuelven a aparecer Fernando Tovar y Maldonado en el mismo sitio, junto al hotel, contemplando el Gran Cañón y rodeados de todas las comodidades de la vida moderna.

*Miss Gladys* que entró mucho antes en el hotel, sale de él apresuradamente para contemplar el Gran Cañón y se coloca cerca de los dos amigos.

[35] Saca un pequeño álbum de bolsillo y empieza a dibujar sin fijarse en Fernando que está a su lado y la mira con interés.

De pronto la pintora, mientras contempla la maravilla que tiene enfrente, deja caer el álbum. Tovar se apresura a recogerlo y se lo entrega.

La joven al darle las gracias se fija por primera vez en él, y los dos suspendiendo su sonrisa de cortesía quedan mirándose con verdadera sorpresa.

Se ve la cara de Tovar con una expresión de asombro.

“Él está seguro de que la ve por primera vez y sin embargo no la considera una desconocida.”

Se ve la cabeza de ella con una expresión idéntica.

“Ella ignora quién es, pero está convencida de haberlo visto antes, no sabe dónde.”

Los dos jóvenes se hablan y se sonríen.

“Y los dos jóvenes se sienten atraídos por una irresistible simpatía como si se volvieran a encontrar después de una larga ausencia.”

Maldonado permanece impassible y apartado de los dos jóvenes, que no hacen ningún caso de él.

El comedor del hotel adornado con un gusto rústico que recuerda los hoteles suizos en las cumbres de los Alpes.

Es de noche y los viajeros terminan de cenar. Unos van vestidos elegantemente, otros conservan el traje de viaje.

*Miss Gladys* ha terminado de comer en una mesa con Tovar y Maldonado. Ella ríe y dice:

“Hace dos horas no nos conocíamos, y ya nos hemos contado nuestras respectivas vidas como si fuésemos amigos de largos años”.

Él dice:

“¡Quién sabe si el destino nos hizo nacer en sitios tan apartados para venir a juntarnos forzosamente aquí y no en ninguna otra parte...!”

Entran en el comedor dos *grooms* que van repartiendo prospectos de mesa [36] en mesa. Tovar lee uno de los prospectos y dice:

“Es un anuncio de las danzas en la casa india, frente al hotel. La empresa que explota el Gran Cañón no quiere que se aburran los viajeros”.

La pintora hace un gesto de indiferencia y dice:

“Será algo falsificado. Yo he visto las danzas auténticas en los mismos pueblecitos de los indios. Tengo allá un gran amigo”.

Al ver que Maldonado y Tovar se consultan volviendo a leer el programa, ella añade:

“Pero les acompañaré. Esas danzas resultan un espectáculo interesante para los que por primera vez visitan este país”.

Se levantan de la mesa yendo hacia el hall del hotel.

Los alrededores del hotel. Frente a este hay una gran casa india que imita las casas de los pueblecitos indios, pero en mayores proporciones. Es la copia lujosa de un original humilde. Además en el piso bajo de la casa india hay establecido un bazar con mostradores, vitrinas para los objetos, y máquina contadora de dinero; en una palabra una gran tienda en la que se venden objetos indios.

Los viajeros del hotel entran en la casa y compran objetos indígenas. Las señoras admiran los tejidos, los hombres compran lanzas, flechas y arcos, y los niños contemplan riendo los monigotes vestidos de indios que les han comprado sus padres.

Algunos viajeros se echan sobre su traje americano las mantas rayadas de los indios que acaban de comprar y se pavonean con ellas.

Es de noche. Llegan Gladys y los dos españoles. Estos, atraídos por la novedad de los objetos que venden en el bazar, acaban entrando en él, y la pintora se queda afuera, mirando curiosamente al público que va entrando en la casa india.

Un hombre vestido a la americana lo mismo que todos se dirige hacia la [37] casa india. Delante de él van unas cuantas mujeres indias y hombres indios, pero todos muy tapados con sus mantas, como si tuviesen frío. El grupo entra en el bazar, pero el hombre que parece capitanearlos, vestido a la americana y que marcha muy distraído, tropieza con *miss* Gladys y al reconocerla hace un gesto de sorpresa y casi de susto.

Es Vacapa. Inmediatamente se repone, con la serenidad propia de su raza. La pintora también se repone de su sorpresa y los dos empiezan a hablar.

La pintora le dice:

“Voy con unos extranjeros que desean contemplar los bailes”.

Vacapa, a pesar de su serenidad, no puede contener su inquietud y dice:

“No entre usted, *miss* Gladys: por Dios se lo pido. Para usted que conoce nuestros bailes lo de ahí dentro es una miserable parodia, hecha por infelices que necesitan ganar su pan”.

La pintora sigue hablando para dar a entender que quiere presenciar el espectáculo anunciado y Vacapa acaba alejándose para entrar por una puerta inmediata al bazar, la misma por donde entraron los indios. Va cabizbajo y con una gran preocupación.

Al mismo tiempo que desaparece, salen Tovar y su compañero. Gladys al verlos se junta con ellos y los tres vuelven a meterse por el bazar.

Una sala de paredes blancas, con pilastras, y un principio de escalera blanca. En este lugar es donde se verifican los bailes indios. La sala es de reducidas dimensiones y el público de viajeros se agolpa sin orden; unos sentados en taburete, otros detrás, puestos de pie o formando filas sobre los peldaños de la escalera.

Pueden hacerse desfilar las distintas cabezas de los viajeros, hombres y mujeres, que son tipos de los diversos estados de los Estados Unidos que van a pasar el invierno en la costa de California y se detienen antes en el Gran Cañón.

Dos señoras algo viejas y gordas hablan entre ellas y la una dice a la [38] otra:

“Verá usted bailar a Ojo de Halcón, un indio hermoso... Pero da miedo cuando grita y agita su lanza”.

Un viajero que está detrás de las dos señoras y que acaba de llegar hasta ellas, abriéndose paso entre el público, les dice:

“Parece que ese Ojo de Halcón tiene los caprichos de un salvaje y esta noche se niega a bailar”.

Un cuarto de paredes desnudas en el interior de la casa india.

Los mismos indios que han pasado antes arrebujados en sus mantas están ahora preparándose para el baile, pintándose las caras y poniéndose sus trajes de ceremonia.

Algunas indias que son sus mujeres les ayudan a vestirse. Otra india que es madre da de mamar a uno de sus niños, mientras otro que es mayorcito como de ocho años se viste también de guerrero.

Vacapa conservando su mismo traje americano está sentado en un taburete con la cara apoyada en ambas manos y un aspecto desalentado.

“El director del establecimiento acude al saber que el más famoso de sus artistas se niega a trabajar.”

Entra en la habitación el director del bazar, que es un tipo de americano dueño de tienda.

Llega junto a Vacapa y empieza a hablarle con energía, al mismo tiempo que lo acaricia con vigorosas palmadas en la espalda.

El indio hace movimientos de cabeza negativos y contesta sombríamente:

“Hoy me es imposible bailar. Moriría de vergüenza. Hay gentes ahí fuera que no quiero que me vean”.

El dueño del bazar irritado por esta negativa se dirige a los otros indios que escuchan con cierto temor y les dice:

“Entonces todos vosotros estáis de sobra y que Vacapa os dé de comer”.

Los indios impresionados por la amenaza se acercan a su compañero y [39] le hablan para convencerle.

La india que da el pecho a su hijo se aproxima a él suplicante y le muestra todos sus hijos. Luego le dice:

“Piensa que soy tu hermana y que por ti voy a perder lo que ganan mi marido y mis hijos”.

Al fin Vacapa vencido por los ruegos de sus compatriotas se levanta trabajosamente, queda inmóvil un momento, viéndose su rostro que hace esfuerzos para no llorar.

Después se dirige hacia una percha clavada en la pared donde está su traje de guerra de jefe indio. Descuelga su corona de plumas, la mira y con un aire de resignación empieza a desnudarse, mientras su hermana y los otros indios, incluso los niños, le ofrecen las diversas prendas de su traje.

Otra vez el lugar donde se va a verificar el baile y la muchedumbre que aguarda con impaciencia.

En la primera fila están sentados *miss* Gladys y Tovar; Maldonado permanece de pie detrás de ellos.

El dueño del departamento aparece en el semicírculo que queda libre para los bailarines, y saludando al público dice:

“*Ladies y gentlemen...* el famoso Ojo de Halcón, aunque se halla algo enfermo, bailará como todas las noches, muy agradecido a las simpatías que le demuestra el público”.

Todos aplauden y el dueño del bazar se retira después de haber saludado otra vez.

Aparecen los indios músicos y se sientan en el suelo, empezando a tocar sus enormes tambores y otros instrumentos. A continuación van saliendo los otros bailarines indios que también se sientan en el suelo.

Después aparece Vacapa que va con la cara pintada y un traje de guerra lleno de plumas y cabelleras, tremolando una lanza en su diestra.

El público le hace una ovación, especialmente las mujeres. El guerrero saluda con su lanza y queda sentado en un taburete hecho con un tronco de árbol.

[40] Los indios se levantan y empiezan a bailar, fingiendo un combate. Mientras se desarrolla este baile, Vacapa, que se mantiene con la cabeza baja, mira disimuladamente hacia donde están *miss Gladys* y Tovar.

Se ve a estos dos que hablan y ríen con gran familiaridad mirando a los dos indios que bailan.

Otra vez la cabeza de Vacapa y su boca que se mueve murmurando:

“Yo conozco a ese hombre. ¿Dónde le he visto?”

Y queda pensativo, persiguiendo un recuerdo que se le escapa.

Ahora baila el niño hijo de la india, el cual va vestido con un traje de guerra que es como una reducción del que lleva Vacapa, imitando con una gracia infantil los movimientos de un indio que combate.

Otra vez Vacapa que mira.

Se vuelve a ver a la pintora y Tovar que hablan cada vez con más intimidad.

Se ve también cómo la mano de Tovar toma la mano de *miss Gladys* y se la acaricia, mientras los dos siguen contemplando el baile.

Otra vez Vacapa que murmura lentamente:

“Y ella le acaricia con su mirada... ¡Y el pobre indio danzarín no puede evitarlo!”

Su rostro se contrae y sus ojos se humedecen, asomando a ellos una lágrima. Vuelve a murmurar:

“Sufro y mi sufrimiento no me parece nuevo. Es como un eco de otros dolores que no puedo recordar”.

El público aplaude al ver que el dueño del establecimiento ordena a Ojo de Halcón que se ponga de pie.

Este obedece y se queda inmóvil un momento con la lanza en alto, al mismo tiempo que los músicos empiezan a tocar con más furia sus instrumentos.

Se ve en primer término la cabeza de *miss* Gladys que murmura:

“¡Cualquiera diría que es Vacapa!... Debe ser algún hermano suyo”.

Se ve a Vacapa que baila la danza de guerra, batiéndose con un enemigo [41] imaginario. Da saltos prodigiosos, lanza aullidos, tira lanzazos; parece poseído de un vértigo guerrero que va en aumento y se comunica a los músicos, los cuales golpean sus instrumentos con una furia salvaje.

El mismo público se siente contagiado por esta furia. Los pacíficos burgueses se mueven también tomando actitudes belicosas, las mujeres miran con entusiasmo al hermoso guerrero, todos aplauden.

“Y mientras el indio se deja arrastrar por el vértigo de la danza guerrera, siente que por sus mejillas corren las lágrimas.”

Se ve un momento su cara contraída por el dolor.

Luego se le ve continuando su danza.

Bajo la influencia de una atracción irresistible cada vez que tira un lanzazo al aire se dirige hacia donde están Gladys y Tovar. Se ve cómo sus labios murmuran:

“¡Si yo pudiese atravesar con mi lanza a ese hombre!”

Continúa bailando y tirando lanzazos.

“Sin embargo su lanza respeta al acompañante de Gladys y va hacia otro hombre que él no conoce.”

Se ve cómo cada vez que bailando dirige su lanza hacia donde está Tovar, el brazo se le desvía y la lanza va contra Maldonado que está de pie. Este varias veces desvía la cabeza instintivamente y hace un paso atrás por parecerle que el bailarín se acerca a él con demasiada vehemencia.

El público aplaude y da dinero a la hermana de Vacapa que con un cestito indio en la mano va entre los grupos. También sus hijos recogen dinero y son acariciados por las señoras.

Vacapa se ha dejado caer en su asiento jadeante de fatiga por la danza y ocultando su cara entre las manos, con una expresión de vergüenza.

El público va marchándose.

Por un momento el indio separa la cara de sus manos y se ve que llora.

[42] La explanada frente al hotel desde la que se abarca todo el Gran Cañón.

Maldonado está apoyado en la barandilla.

*Miss* Gladys sentada en un sillón rústico escucha a Tovar. La pintora habla:

“Es muy interesante la historia de su abuelo el conquistador y del tesoro. ¡Y aún dicen que en la vida no hay novelas!... Deseo que encuentre esas riquezas”.

Tovar la mira con ojos amorosos y dice:

“¿Por qué no viene usted conmigo, *miss Gladys*?”

Ella ríe y dice con ingenua coquetería:

“Yo soy una pintora humilde y no una buscadora de tesoros”.

Tovar continúa, tomándole una mano:

“¿Y si partiésemos el tesoro entre los dos, como debe hacerlo un marido con su esposa?”

Ella ríe aún más fuerte, y separa su mano de la de él con un violento tirón, diciendo:

“¡La ardorosa sangre española!... Aún no hace seis horas que nos conocemos y ya me habla usted de amor”.

Tovar la mira con una expresión profunda y adorativa, y murmura:

“Yo creo que la conozco hace siglos”.

Ella se muestra grave igualmente, como si se diese cuenta de ciertos recuerdos en los que no se ha fijado hasta ahora, y responde con lentitud:

“Y yo también”.

Los dos después de esto quedan silenciosos, mirándose, y él vuelve a tomar tímidamente la mano de ella que no le opone resistencia.

Maldonado tira el cigarro que está fumando y tose repetidamente para llamar la atención de su compañero. La pintora le dice:

“Váyase: su amigo se impacienta. ¡Buenas noches! Yo me quedo todavía aquí unos minutos contemplando la luna”.

[43] Tovar insiste por acompañarla al hotel, pero acaba por aceptar su negativa y se aleja con Maldonado.

Al quedar sola Gladys, se levanta de su asiento, ajustándose al cuerpo la capa que le sirve de abrigo, y va hacia la barandilla de la explanada; pero al mismo tiempo surge detrás de un grupo de arbustos un hombre que se aproxima a ella:

Es Vacapa; pero ahora va vestido otra vez con su traje americano.

Ella se alegra al reconocerlo y le saluda, ofreciéndole la mano. Él finge no verla y bajando la cabeza con aire desalentado murmura con vergüenza:

“Vi la sorpresa en su rostro. No se equivocaba usted. Yo soy Ojo de Halcón, y esos infelices que me acompañan pertenecen a mi familia... Vivimos de la limosna de un público que nos mira como animales raros”.

*Miss Gladys* queda sorprendida por esta revelación, pero luego dice con un aire de bondad pretendiendo reanimarle:

“Cada uno se gana su vida como puede. Todo oficio que no hace daño a los demás es digno de respeto”.

Él hace movimientos negativos y dice melancólicamente:

“Yo había soñado llegar muy alto. Por eso me esforcé para salir del ambiente de mi raza. Además mi rostro indica que no soy indio del todo. Hay en mí algo de sangre blanca que es mi perdición”.

Se mira a sí mismo con lástima y añade:

“He querido conocer el secreto que guardan los libros... Y todo para acabar vendiendo como una diversión las ceremonias guerreras de mis heroicos ascendientes”.

La pintora insiste en querer consolarle, pero él dice con orgullo:

“Los abuelos del bailarín Ojo de Halcón mataron o hicieron esclavos a los primeros hombres blancos que pisaron estas tierras. Fueron grandes jefes”.

Queda pensativo. Se ve por un momento reaparecer la figura de Cuerno Verde [44] con su hacha de combate tal como se le vio al salir contra la expedición de don Alonso de Tovar.

Después se ve a Cuerno Verde con el viejo hechicero, en la caverna donde está amontonado el enorme tesoro.

Reaparece Vacapa que dice con humildad:

“Pero mi familia es ahora pobre; mi madre teje mantas para venderlas y yo bailo aquí para que mis parientes puedan vivir durante el invierno”.

Se ve una escuela de campaña en la que hay muchos niños blancos y un solo indio que es Vacapa a los doce años. Este pequeño indio, mientras los otros juegan y permanecen distraídos, oye con gran atención al maestro y estudia.

“Estudí tenazmente convencido de que habían pasado los tiempos para mí raza y que debía imitar a los blancos.”

Se ve otra vez cómo habla a la pintora:

“He trabajado aquí y en México ejerciendo los más diversos oficios. Pero todo lo que aprendí solo me sirve para conocer mejor la tristeza de mi situación”.

*Miss Gladys* vuelve a indicar con sus gestos que no encuentra humillante su situación, pero el indio no se deja convencer y añade:

“Ahora, adiós, *miss Gladys*. Ya sabe mi secreto. El bailarín Ojo de Halcón no puede ser su amigo como lo fue Vacapa”.

Ella le tiende la mano y él entonces conmovido se arrodilla y se la lleva a la frente con un gesto de humildad.

Ella lo obliga a levantarse y después de esto le indica que ya es tarde y que va a retirarse al hotel.

Él le dice como último saludo:

“Gracias, *miss* Gladys. Su hermoso corazón le permite ser amiga de un pobre”.

La pintora le saluda y se aleja. Mientras se va hacia el hotel el indio sigue hablando y dice:

[45] “Pero mis ascendientes poseyeron todas las riquezas que guarda este país en sus entrañas, y yo en el porvenir...”

Se ve en primer término la cabeza del indio que continúa hablando con una expresión de fe y de voluntad:

“... ¡quién sabe!... ¡quién sabe!”

#### Cuarta parte

Un jardín del hotel del Gran Cañón.

Es de día. Fernando pasea con *miss* Gladys, hablando con ella. Los dos jóvenes se miran con una expresión cariñosa. Se adivina que ya se aman.

Un poco más lejos se ve a Maldonado que los contempla inmóvil y con una sonrisa irónica, que revela envidia.

La pintora que no muestra simpatía alguna por Maldonado al notar que este los mira, acaba por saludar a Fernando, marchándose.

Maldonado se acerca entonces a Tovar y le dice:

“Llevamos una semana aquí, hablando con esta señorita y olvidados completamente de nuestro negocio”.

Tovar se disculpa y dice:

“¿Te acuerdas de aquel capitán Montoya, compañero de mi abuelo, que buscaba en estas tierras la Fuente de la Juventud?”

Maldonado le mira con extrañeza, no pudiendo adivinar lo que quiere decir. Tovar continúa:

“Pues bien, yo he encontrado la Fuente de la Juventud. Salí del Viejo Mundo, no creyendo en el amor, después de una vida de placeres, y esta joven renueva mis ilusiones, haciéndome amar como si aún tuviese veinte años”.

Maldonado le mira con cierto desprecio, se encoge de hombros y dice:

“Creo más oportuno ocuparnos cuanto antes del descubrimiento del tesoro”.

Tovar acepta esta indicación y añade:

“Ella va a ayudarnos en su busca. [46] Me ha presentado a un indio que conoce bien estas tierras y nos servirá de guía”.

Maldonado insiste en sus muestras de descontento y Tovar las corta diciendo:

“Saldremos mañana mismo. *Miss Gladys* se quedará aquí pintando y nosotros hablaremos esta tarde con Vacapa para ultimar los preparativos de la partida”.

Los alrededores del hotel. *Miss Gladys* ha presentado Vacapa a los dos viajeros. Tovar habla al indio y al fin estrecha su mano como aceptando sus servicios. Luego Tovar y Maldonado se marchan.

La pintora al quedar sola con el indio le dice:

“Yendo con ellos me presta usted un servicio y se libra de ese trabajo nocturno en el bazar, que tanto le avergüenza”.

El indio promete obedecerla, con un movimiento de cabeza, pero se nota en su rostro el dolor que le produce este interés que muestra ella por el otro.

Un sendero de rápida pendiente que serpentea entre enormes peñascos, tal como existen muchos en las vertientes del Gran Cañón. Empieza a bajar por él un indio que va a pie guiando una mula cargada con los fardos de la expedición. Después Maldonado que va a caballo y Vacapa también montado a caballo.

Finalmente viene Fernando Tovar que va a pie llevando su caballo de las riendas y *miss Gladys* que ha querido acompañarle hasta ese lugar. Los dos jóvenes se detienen para despedirse. Fernando antes de montar a caballo estrecha con efusión las dos manos de ella.

Sus caras se acercan hasta tener muy juntas las bocas. Él queda indeciso, pero ella asiente con un movimiento de ojos y él entonces la besa.

[47] Se ve la cara de Vacapa. Este marcha delante y tuerce un ojo para vigilar lo que pasa detrás de él. Al ver que los dos se besan, no puede sostener su impasibilidad de indio y hace un gesto de dolor y de desesperación.

Tovar monta a caballo y todavía da la mano una vez más a ella diciéndole:

“No creo que nuestro viaje dure más de un mes. Le enviaré noticias siempre que pueda. Piense usted en mí”.

Y espoleando su caballo va a unirse con sus compañeros cuesta abajo, mientras *miss Gladys* queda arriba, sobre un peñasco, enviándole besos.

“Durante tres semanas los expedicionarios avanzan valiéndose de diversos medios de locomoción.”

Se les ve a caballo por unos paisajes abruptos, siguiendo un sendero entre peñascos. Otras veces van a pie avanzando cuidadosamente por el borde de los despeñaderos, llevando sus caballos de la brida.

También se les ve embarcados para pasar el río Colorado y llevando detrás de su canoa los caballos que nadan.

“Una tarde al acampar en el desierto, el remoto pasado sale a su encuentro.”

La caravana se detiene junto a una enorme roca que es completamente lisa como una muralla. Al pie de esta roca se ven piedras amontonadas en forma de hogares, montones de cenizas, algunos cráneos y huesos de caballo; en una palabra todos los restos propios de un lugar donde vienen sucediéndose los campamentos durante siglos.

Vacapa que ha echado pie a tierra ayudando al indio conductor a descargar los fardos de la mula, dice después a los dos blancos, mostrándoles estos restos de campamento:

“Hace muchos siglos que todos los que atraviesan esta soledad descansan aquí”.

Se ve después cómo señala la pared de arenisca, en la cual hay muchos nombres grabados profundamente.

[48] “Los españoles al pasar hace tres siglos en busca de conquistas grabaron sus nombres con las puntas de sus espadas.”

Fernando empieza a buscar a lo largo de la pared, leyendo los nombres grabados en ella.

Van desfilando diversos nombres españoles, grabados con distintas formas de letras.

*(Esta roca con centenares de nombres de conquistadores españoles grabados por ellos mismos, existe todavía en el Estado de Arizona y yo puedo facilitar fotografías de ella para que se utilicen en el film, pues resulta muy curioso ver estas firmas hechas a punta de espada y que tienen trescientos años.)*

Fernando de pronto se quita el sombrero. Acaba de ver en la piedra una inscripción que dice: “Alonso de Tovar”. Después besa la roca en el sitio donde su ascendiente escribió su nombre, y mueve los labios lentamente como si rezase una oración.

Maldonado que también ha ido examinando el muro, aunque con menos emoción que su amigo, señala con el dedo otra inscripción inmediata a la de Tovar y de letra completamente diferente, que dice: “Diego Maldonado”.

Luego dice sonriendo:

“Nuestros abuelos pasaron por aquí. Debió ser en su segundo viaje cuando vinieron en busca del tesoro y mataron a don Alonso”.

Luego añade con lentitud y mirando a Tovar con una expresión algo sombría:

“Nos vamos aproximando al final de nuestro negocio”.

Se ve otra vez la caravana que marcha, siguiendo la orilla del río Colorado.

La caravana llega a un barranco o cañón que desemboca en el río.

Maldonado y Tovar consultan un papel que este último ha sacado de un bolsillo y que es el antiguo plano encontrado por don Sebastián.

[49] Vacapa permanece impasible junto a ellos. Finge indiferencia, pero no se le escapa una palabra ni un gesto ni del uno ni del otro.

Tovar después de mirar el paisaje y de mirar su papel, hace un gesto como indicando que los datos del mapa son exactos.

El indio auxiliar recibe orden de quedarse allí mismo con los animales y los fardos.

“Guiados por Vacapa los dos van a trepar por el cañón, hasta encontrar la roca marcada con las siete cruces.”

Se ve a los tres hombres cómo avanzan por el cañón, siempre subiendo, y viéndose obligados algunas veces a trepar a gatas por entre los peñascos. Llevan picos para excavar la tierra.

Vacapa va delante y mira a todas partes con una expresión de sorpresa.

“El indio no ha estado nunca en este cañón, y sin embargo cree conocerlo de larga fecha.”

Tovar que avanza apoyándose en las piedras, mira en torno de él sonriendo al mismo tiempo que dice:

“Juraría que estuve aquí otra vez, en una existencia anterior”.

Maldonado que avanza el último se muestra transfigurado por una expresión de maldad inteligente.

Mira con odio a Tovar y también a Vacapa, haciendo a sus espaldas signos de amenaza.

Así como Maldonado avanza por este barranco siente crecer en su interior un odio mortal contra sus dos compañeros.

La figura de Diego Maldonado, el antiguo conquistador, se le aparece como un fantasma vagaroso, teniendo como fondo la superficie de una roca, y acaba tomando el relieve corporal de la realidad. Lleva capa, espada y sombrero de plumas como en la época en la que vivió.

Este fantasma le habla, señalándole con una mano a sus dos compañeros que marchan delante.

“Maldonado siente la necesidad de deshacerse de Tovar, para no partir el [50] tesoro con él.”

Maldonado sonrío de un modo cruel mirando a Vacapa.

“También desea la muerte del indio como si por encima de tres siglos una antigua venganza retoñase en él.”

Así siguen avanzando los tres hombres: confiados y tranquilos los dos que van delante, y Maldonado mirando a ambos con una expresión reconcentrada de odio homicida. Mientras lo sigue, saca su revólver de la cintura, lo examina y les apunta con él; pero luego reflexiona y vuelve a guardarlo.

Llegan los tres a un lugar donde hay una roca, alta como un hombre, y que parece haber cambiado de posición. Tiene una forma cónica, pero, en vez de permanecer derecha, está acostada con el vértice junto al suelo, y mostrando al descubierto toda la superficie que le sirvió antes de base.

Vacapa que va delante se detiene y dice señalando a la roca:

“Debe ser ahí. Veo las cruces de que tanto hablan ustedes”.

Los dos blancos miran en vano la roca haciendo gestos de extrañeza.

Vacapa sonrío, y dice:

“Los ojos del indio ven más que los del blanco. Alguna ventaja hemos de tener que compense nuestra humildad de raza inferior”.

Y acercándose a la roca va señalando algunas de las cruces toscas que han sido grabadas a punta de espada, formando como una cintura en torno de la piedra caída. Maldonado que muestra cierta emoción al verse tan cerca del tesoro se apresura a decir:

“Habrá que buscar gente para levantar esta roca. No creo que podamos hacerlo nosotros solos”.

Vacapa que mira con atención el terreno inmediato sonrío contestando:

“Es inútil. Esa piedra ya la han movido. Antes estaba aquí”.

Les muestra un hoyo del terreno que es el lugar donde estaba la piedra antes de que la hiciesen caer.

[51] Maldonado, al convencerse de que es exacto lo que dice el indio, desciende al hoyo con uno de los picos que han traído los expedicionarios, y levanta en alto su herramienta para empezar a excavar la tierra.

Vacapa sonrío y dice:

“También es inútil. Adivino que los que derribaron la piedra se llevaron lo que había debajo de ella. Aún se ven las señales del terreno removido”.

Tovar muestra cierta extrañeza y mira al indio. Vacapa añade:

“Debió ocurrir hace siglos; pero las huellas pueden mantenerse mucho tiempo aquí donde no pasa nadie y rara vez llueve”.

Maldonado ha quedado inmóvil mirando a sus dos acompañantes con la misma expresión que si le hubiesen hecho víctima de un robo.

Mientras Tovar y Vacapa hablan, él murmura rencorosamente a espaldas de ellos:

“Yo volveré solo. Todo lo que dice este indio debe ser mentira”.

Los tres vuelven a descender por el cañón hacia el lugar donde dejaron sus caballos.

El descenso resulta más peligroso que la subida. Los tres hombres tropiezan muchas veces y se agarran a las piedras. Otras veces tienen que arrastrarse sobre sus espaldas, agitando los pies en el vacío, hasta que encuentran una piedra donde descansarlos.

Vacapa va delante y avanza con más soltura, acostumbrado a toda clase de marchas. Muchas veces ayuda a Tovar que va detrás de él.

Maldonado cierra la marcha y se ve su rostro cada vez más inquietante y sombrío.

Con una expresión alevosa mira al despeñadero que van bordeando y mira a Tovar que marcha delante de él.

Hay un momento en que Tovar tiene que deslizarse sobre el pecho, agarrado con las dos manos a una pequeña roca y agitando sus piernas para poner los [52] pies en la roca que tiene debajo.

Maldonado, que está detrás de él, se tiende de espaldas y pone sus pies en la roca donde Fernando tiene sus manos. Luego apoyándose en ella con un esfuerzo que hace arquearse su cuerpo, consigue desprenderlo del suelo y que rueda hacia el precipicio. Como Fernando está agarrado a esta piedra, y aún tiene los pies en el vacío, rueda con ella al fondo del cañón.

Vacapa que va delante, al oír el ruido de la piedra y el grito del que cae, se lanza fuera del sendero, deslizándose de piedra en piedra hacia el fondo del cañón.

Se ve el fondo del cañón. Fernando está en él, tendido e inánime, después de su tremenda caída.

Llega Vacapa, lo examina e incorporándolo se lo echa al hombro y empieza a descender con él por el fondo del cañón, mientras Maldonado sigue su marcha por el borde de arriba.

El lugar donde el cañón desemboca en el río. El auxiliar indio está sentado en el suelo y fumando, mientras los caballos de la expedición andan sueltos por las inmediaciones.

Llega Vacapa llevando auestas a Fernando, siempre inánime, como si estuviese muerto.

Maldonado llega corriendo también, viniendo por otro lado. Habla a Vacapa pero este le mira y no le contesta.

En cambio habla al auxiliar indio y este le dice señalando a lo lejos:

“Después de la primera revuelta del río está la choza de un cazador blanco al que llaman el Solitario”.

Los dos indios colocan a Tovar medio tendido sobre la mula que servía para llevar los equipajes y hacen los preparativos para emprender la marcha.

La choza del Solitario.

El cazador blanco es un hombre con barbas y botas altas que vive en esta soledad, en una choza construida por él. Es de enormes piedras redondas [53] como las que arrastra el río y tiene un techo de leña. Su interior está adornado con pieles de algunos animales salvajes que ha cazado.

El Solitario está fumando en la puerta de su choza, y se levanta al ver venir a Vacapa y toda su caravana.

El Solitario los recibe con un gesto de hospitalidad, mostrándoles su cabaña para que se instalen en ella, pero apenas habla.

Se interesa por Fernando al que los dos indios bajan de la mula. Ha salido ya de su síncope y se queja como si estuviese agonizando.

Lo llevan al interior de la choza acostándolo en la cama de pieles del cazador. Este lo examina, toca diferentes partes de su cuerpo deteniéndose al oír los gemidos que lanza el enfermo. Luego se vuelve hacia Vacapa y Maldonado, y les dice:

“Yo también di una caída en el mismo cañón, un día que tuve cierto hallazgo... Pero al fin me salvé, como creo que se salvará este pobre joven”.

Velando al enfermo. Es de noche. Un mísero quinqué da luz al interior de la cabaña.

Fernando con la cabeza fajada, así como una parte de su cuerpo, está inmóvil en la cama. De tarde en tarde se estremece, da un gemido y vuelve a quedar inmóvil en su postración.

El Solitario fuma sentado cerca de la puerta, con Vacapa y Maldonado.

El indio auxiliar está sentado en el suelo escuchándoles. El Solitario habla:

“Hace veinte años vivía yo con un compañero. Un día cazábamos en ese cañón que han explorado ustedes y que muchos llaman de los Malos Espíritus”.

Se ve a los dos cazadores escopeta en mano arrastrándose por entre los peñascos del mismo cañón en que transcurrieron las anteriores escenas. El Solitario es mucho más joven que en el presente, pero lleva la barba larga, lo mismo que su compañero que es más viejo.

“Cuando marchaba al borde del precipicio llamó mi atención un objeto [54] caído entre dos piedras.”

Se ve al Solitario que avanza su cabeza sobre las rocas y luego empieza a deslizarse entre ellas de un modo audaz, exponiéndose a caer a cada nuevo avance. Al fin pone sus pies en una roca saliente, se inclina sobre ella y toma un objeto, sacudiendo el polvo y las pequeñas piedras que hay sobre él.

“Era una espada antigua, una espada de los conquistadores, y como si esta arma tuviese un poder maléfico sentí que mis pies resbalaban y caí al fondo del precipicio.”

Se ve cómo el otro cazador baja al fondo del cañón y encuentra tendido e inánime a su compañero.

Se lo carga en hombros y empieza a marchar con él.

“Muchas semanas estuve en cama como este pobre joven pero al fin me salvé.”

Otra vez la cabaña y el Solitario que termina su relación:

“Y como recuerdo de aquella caída aún guardo la vieja espada”.

El Solitario se levanta y va al fondo de la cabaña donde hay puestas en la pared varias escopetas y una espada.

Toma esta y vuelve hacia Vacapa y Maldonado para mostrársela.

La vaina de cuero está rota y la contera de metal, oxidada.

El Solitario saca la espada de la vaina y mira la hoja diciendo:

“Hay aquí letras que no entiendo y que deben decir algo en español”.

Maldonado se apresura a tomar la espada y la limpia con un trapo, rascando el óxido de su hoja. Al fin puede leer cerca de la empuñadura esta inscripción: “Soy de Alonso de Tovar”.

Vacapa ha mirado por encima del hombro de Maldonado y, volviéndose al Solitario, le dice:

“Yo entiendo el español y esta espada dice que perteneció a un conquistador llamado Alonso de Tovar”.

Después de esto mira a Maldonado y este le mira también, quedándose los dos extrañados por la coincidencia de este descubrimiento.

[55] El Solitario permanece impasible y dice:

“Tal vez ese conquistador dejó su espada enganchada en las rocas al caer en el precipicio y quedó allí sin que nadie la recogiese”.

Se ve a Vacapa que pasea por fuera de la choza. Abre la puerta de esta, se asoma al interior, ve a Fernando tendido en la cama y vuelve a reanudar sus paseos.

“El indio pasa la noche sin poder dormir, preocupado por una idea que es para él como un remordimiento.”

Una de las veces que abre la puerta y ve de lejos a Fernando dice con melancolía:

“Debería odiarlo, y sin embargo no puedo”.

Luego añade:

“Su presencia provoca la sonrisa de *miss* Gladys y no quiero que ella esté triste por mi culpa”.

Se ve por un momento la escena de la última entrevista de Vacapa con *miss* Gladys en el jardín del hotel del Gran Cañón, cuando la pintora le dice:

“Vacapa, vele usted por la salud de *mister* Tovar. Tengo en usted más confianza que en su compatriota”.

Luego se ve la otra escena de la partida de la caravana, cuando los dos jóvenes se despiden y se besan, y Vacapa viendo de reojo este beso muestra una inmensa tristeza.

Otra vez Vacapa ante la choza del Solitario.

Su rostro muestra la batalla que libran dentro de él la rivalidad que le inspira Tovar y el deseo de contribuir a la felicidad de *miss* Gladys. Al fin hace un gesto noble, que revela su decisión abnegada y de sacrificio.

Empieza a amanecer. El indio auxiliar que duerme en un cobertizo fuera de la cabaña se levanta desperezándose y enciende un cigarro. El Solitario que acaba de levantarse, aparece en la puerta con un cubo en la mano que va a llenar al río.

[56] Vacapa le habla haciéndole una pregunta y el cazador contesta:

"La estación más próxima está a veinte horas de distancia. Allí podrá usted telegrafiar".

Vacapa va inmediatamente hacia uno de los caballos que están atados cerca de la cabaña, le echa la silla, y poco después sale a todo galope.

El hotel del Gran Cañón.

*Miss Gladys* está sentada en el hall leyendo un libro. Entra un *groom* y le entrega un telegrama. Ella lo lee y hace un gesto de sorpresa y de inquietud.

"Es un telegrama de Vacapa anunciándole que Tovar está herido e indicándole a *miss Gladys* el camino que debe seguir si desea verle."

*Miss Gladys* queda pensativa un momento y luego se levanta con un gesto de resolución.

El despacho del gerente del hotel. *Miss Gladys* ha vuelto a vestir su traje de viaje, el mismo de cuando pintaba en el campo, y lleva en la mano una ligera maleta.

Al despedirse del gerente del hotel, le cuenta con rostro acongojado la desgracia que ha sufrido Tovar. Ella va a marcharse cuando el gerente hace un gesto como si recordase algo y busca en el casillero donde guarda las cartas para los huéspedes del hotel. Luego le dice a Gladys:

"Ya que va a ver al pobre *mister Tovar*, entréguele esta carta que llegó ayer para él".

Le muestra el sobre con el dedo y añade:

"Es de España. Iba dirigida a un hotel de New York y la han reexpedido aquí".

*Miss Gladys* la guarda en un bolsillo de su gabán de viaje y sale precipitadamente.

Una pequeña estación de ferrocarril en el Estado de Colorado.

Es una estación modesta, de una línea de último orden, y en pleno campo.

[57] Vacapa se pasea por el andén con el indio compañero suyo.

Llega el tren que lleva muy pocos viajeros y la única que desciende de él es *miss Gladys*. Al ver a Vacapa se apresura a preguntarle por el estado de Tovar y el indio le dice:

"Está un poco mejor. Ayer me habló mucho de usted: la recuerda continuamente".

*Miss Gladys* contesta con sencillez:

"Yo también me acuerdo de él a todas horas".

Vacapa hace un esfuerzo para reprimir y ocultar el dolor que le causan estas palabras.

Salen de la estación. La joven sube en un *sulky* de dos ruedas que guía el criado indio, mientras Vacapa monta en su caballo. Luego emprenden la marcha.

La cabaña del Solitario. Llegan a ella Gladys y sus acompañantes con aspecto cansado y cubiertos de polvo.

Maldonado que está sentado a la puerta acude para ayudar a bajar a la joven de su carruaje. Esta le da las gracias, pero se nota en ella la repugnancia que le inspira Maldonado.

Vacapa se apresura a entrar en la cabaña siguiendo al Solitario que apareció en la puerta; pero antes de desaparecer dice a la joven:

"Quédese aquí hasta que yo venga a buscarla. Conviene que el enfermo no sufra una sorpresa demasiado violenta".

Quedan fuera de la choza Gladys y Maldonado. Ella evita hablarle. Además siente el cansancio de su largo viaje.

Para secarse el rostro saca con un tirón algo violento el pañuelo que lleva en un bolsillo de su gabán. Pero este tirón saca al mismo tiempo del bolsillo la carta que le entregaron en el hotel del Gran Cañón y la hace caer al suelo.

Gladys no ve esto y Maldonado se apresura a poner un pie sobre la carta [58] para ocultarla.

En el mismo momento aparece Vacapa en la puerta de la choza haciendo señas a la joven para que entre, y ella corre hacia él, desapareciendo los dos.

Al quedar solo Maldonado, separa el pie del suelo y se inclina para recoger la carta.

"Un oscuro instinto le ha impulsado a cometer esta mala acción; pero se siente contento de ella."

Luego contempla atentamente el sello de la carta y la letra de la dirección, y dice:

"La letra es de don Sebastián. ¡Quién sabe qué noticias preciosas encierra esta carta!... Por algo me proporciona el diablo la ocasión de hacerla mía".

Y se aleja lentamente de la choza, rompiendo el sobre y abriendo la carta que se compone de muchas hojas.

El interior de la choza.

Fernando está en la cama y ya no lleva tantos vendajes como días antes, pero tiene el rostro dolorido y demacrado.

Gladys lo acaricia de un modo maternal y él sonríe al verse objeto de estas caricias y cuidados.

"La mujer nota inmediatamente el descuido en que viven estos hombres y procura remediarlo."

Tovar está medio sentado en la cama y mira con sonriente admiración cómo *miss Gladys* se ha despojado de su gabán de viaje, y remangándose los brazos, barre el suelo con un haz de ramas de árbol. Después limpia las paredes y los objetos, increpando graciosamente al Solitario por la rusticidad en que vive. El barbudo cazador acoge sus riñas con una sonrisa paternal.

Vacapa sentado en un tronco la contempla con una expresión dolorosa y sumisa a la vez, pronto a obedecerla, pero sufriendo al ver cómo ama ella a otro.

[59] De pronto Gladys abandona la escoba de ramas y corre hacia el lugar donde está colgado su gabán de viaje. Registra ansiosamente los bolsillos volviéndolos al revés y acaba golpeándose el cuerpo como si buscara algo que ha perdido. Al mismo tiempo dice:

"¡Dios mío! He perdido una carta de España que me dieron en el hotel para usted".

Sigue buscando cada vez con más ansiedad, y el enfermo para que no busque más, le dice con indiferencia:

"No debe tener importancia. Nadie puede escribirme de allá cosas interesantes".

Después añade sonriendo:

"Lo único que puede interesarme en el mundo está aquí".

Maldonado continúa paseando por la orilla del río mientras empieza a leer la carta robada. Su rostro refleja la impresión de sorpresa y de inmenso interés que le causa esta lectura, desde sus primeras líneas.

Necesita detenerse para leer mejor y luego de mirar a un lado y a otro con inquietud por si le han seguido, acaba sentándose en una piedra y continúa su lectura.

Se ve en primer término el rostro de Maldonado contraído por una sonrisa de cruel satisfacción, al mismo tiempo que sus labios murmuran:

"Verdaderamente el demonio me protege y por eso me ha proporcionado esta carta".

Maldonado continúa leyendo.

"Es don Sebastián el que ha escrito la carta y en ella cuenta a Tovar los grandes descubrimientos que ha hecho, sin moverse del viejo palacio."

Se ve otra vez a Maldonado que sigue leyendo:

"Desde que te fuiste, querido Fernando, que yo, tu viejo maestro, me sentí atormentado por el deseo de abrir la tumba del conquistador".

Se ve la antigua iglesia ruinoso del palacio de los Tovar. Don Sebastián [60] examina la tumba de don Alonso demostrando con sus ademanes el deseo que siente de abrirla.

Otra vez la misma escena, pero ahora el viejo criado de la casa y otro hombre tan viejo como él, ayudados por don Sebastián y con unos esfuerzos algo grotescos a causa de su edad, agitan una palanca de hierro y acaban por levantar y echar a un lado la losa que cubre el sepulcro del conquistador.

Al quedar abierta la urna sepulcral, el bibliotecario invita a los dos viejos a que se vayan, y cuando queda solo, se acerca estremecido de emoción y frotándose las manos alegremente a la sepultura recién abierta.

Se asoma y ve un féretro viejo y carcomido.

“Abrí el féretro con la mayor facilidad, pues su madera estaba carcomida por los siglos...”

Se ve cómo don Sebastián con un hierro y un martillo hace saltar la tapa, lanzando un grito de asombro.

“Pero al abrirlo vi que no había en él ningún resto humano. Solo encontré unas cuantas piedras que reemplazaban el peso del cadáver desaparecido.”

Se ve a don Sebastián cómo toma dos de las piedras que están en el ataúd mirándolas con una expresión desdeñosa.

“Desde entonces tuve la convicción de que el cadáver de tu ascendiente no ha estado nunca en su tumba. Maldonado fingió traerlo de América, metiendo piedras en el ataúd... él sabría por qué.”

Se ve a don Sebastián sentado a la mesa de su archivo, en una actitud meditabunda.

“Hasta que hace pocos días, registrando un nuevo legajo del archivo de tu familia, di con un cuaderno escrito por uno de sus antiguos servidores, que me aclaró el misterio.”

Se ve a don Sebastián hojeando febrilmente un viejo cuaderno que extrae de un paquete de papeles.

“Este servidor se llamó Lionel Acevedo y fue paje de don Alonso.”

[61] Vuelve a reaparecer la escena en que se ve a don Alonso en una casa de la ciudad india y al pequeño Lionel su paje que limpia sus armas.

“Este Lionel llegó a ser un valeroso soldado que tomó parte en muchas expediciones de los conquistadores.”

Aparece Lionel hecho hombre, con pequeña barba en punta, casco, coraza y arcabuz al hombro, como un guerrero español de la conquista.

“Siendo ya hombre maduro, vivió en la casa de un jefe indio que no era otro que nuestro famoso Cuerno Verde.”

Se ve a Lionel instalado en una casa india hablando con Cuerno Verde. Este ya es viejo pero se mantiene siempre fuerte y con aspecto de hombre de guerra.

Una india algo vieja también, y rodeada de varias hijas e hijos está sentada más allá de los dos hombres.

“La blanca Copo de Algodón había acabado por casarse con él, dándole numerosos hijos.”

Vuelve a verse a Copo de Algodón con una serenidad triste de matrona. Ella reza manejando un rosario, y enseñando la cruz a sus hijos.

“Al saber el indio que su huésped había sido paje del capitán Tovar, le contó cómo había ocurrido la muerte de este.”

Se ve a Cuerno Verde que habla con una lentitud majestuosa, contando su historia al conquistador.

“Cuando don Alonso y Maldonado volvieron de España en busca del tesoro Cuerno Verde adivinando el objeto de su viaje, los siguió cautelosamente.”

Se ve una pequeña tropa de conquistadores, unos veinte nada más, al frente de los cuales marchan Tovar y Maldonado.

Unos cuantos indios servidores marchan con ellos, llevando los fardos de la expedición.

Después que se alejan se ve a Cuerno Verde que avanza cautelosamente, se acuesta en el suelo para examinar las huellas, y continúa avanzando [62] siguiendo siempre de lejos a la expedición.

Después se ve llegar la pequeña tropa de españoles a la entrada del cañón que desemboca en el río Colorado, o sea al mismo lugar en que ya se ha visto antes a Vacapa, Tovar y Maldonado abandonar sus caballos para ir en busca del tesoro.

Los antiguos conquistadores, don Alonso de Tovar y Diego Maldonado, dejan a sus compañeros en dicho sitio y empiezan a subir por el cañón.

Se ve cómo los dos conquistadores suben de peña en peña y al mismo tiempo por otro lado del cañón se va arrastrando Cuerno Verde cautelosamente, para enterarse de lo que hacen sus dos enemigos.

Los dos conquistadores llegan a donde está la piedra del tesoro. Maldonado experimenta tal emoción que se arrodilla y besa la piedra. Después se levanta con el

rostro horriblemente transfigurado por la codicia y los malos pensamientos. Mira a don Alonso con una expresión inquietante de la que este no se da cuenta y le dice:

“Indudablemente, querrá usted, capitán, que partamos el tesoro entre los dos”.

Tovar contesta simplemente:

“Es lo convenido”.

Maldonado sonrío con frialdad y dice:

“Volveremos mañana con alguna gente para que nos ayuden”.

Y emprenden el viaje de descenso.

Durante la anterior escena se ha visto a Cuerno Verde varias veces arrastrándose entre las piedras y asomando la cabeza sobre ellas para ver y oír a los dos conquistadores.

Mientras estos descienden, él los va siguiendo también de lejos.

El descenso de los dos conquistadores es lento y penoso, casi igual al que siglos después han hecho sus modernos descendientes, Tovar y Maldonado, tal como se vio en anteriores escenas.

[63] Hay un momento en que don Alonso Tovar que va delante se agarra con ambas manos a una piedra y extiende sus piernas en el vacío para apoyar sus pies en otra roca que tiene debajo. En ese momento Diego Maldonado se tiende de espaldas, apoya sus pies en la roca que sostiene a don Alonso y la empuja, haciéndola rodar en el abismo y junto con ella a su compañero.

Debe ser una escena casi igual a la que ocurre tres siglos después en el mismo lugar entre sus dos descendientes.

Se ve a Cuerno Verde que se desliza encorvado entre las piedras y, al ver lo ocurrido, se yergue y da un grito de sorpresa.

Vuelve a verse a Cuerno Verde, ya viejo y en su casa, hablando al conquistador Lionel. Continúa el relato de su historia y le dice:

“El capitán Tovar era mi enemigo, pero fue un hombre noble y jamás me inspiró odio... En cambio, su asesino había sido el azote de los míos”.

Vuelve a verse a Cuerno Verde joven, momentos después de haber presenciado la muerte de Tovar.

Corre ya sin ocultarse, yendo cañón abajo.

Se le ve después en una aldea de indios llamando a los guerreros que acuden a él, y todos marchan juntos dando gritos de guerra.

Otra vez la entrada del cañón donde están acampados los españoles. Maldonado está sentado con un aire tétrico y levanta la cabeza como si presintiese el peligro, al

mismo tiempo que sus soldados se arman y se esparce la alarma por el campamento. Los indios llegan capitaneados por Cuerno Verde y sorprenden a los españoles.

Empieza un combate encarnizado entre los dos grupos.

Vuelve otra vez a verse a Cuerno Verde ya viejo relatando su historia a Lionel y dice:

“Muchos de tus compatriotas murieron matando, sin querer volver la espalda. Unos pocos huyeron y entre ellos estaba Maldonado. Sentí no encontrarle”.

Vuelve a verse el campamento después de la batalla. Cuerno Verde joven [64] mira impasible los conquistadores muertos en el suelo y emprende su camino otra vez por el cañón arriba. Varios indios le siguen.

En mitad de su camino el jefe indio se inclina sobre unas rocas y mira al fondo del precipicio. Se ve a don Alonso tendido y muerto en el fondo del cañón.

Otra vez Cuerno Verde viejo que le dice a Lionel:

“Yo di sepultura a tu capitán en el fondo del precipicio. Pero luego supe que su asesino llevó a España un ataúd, asegurando que contenía el cadáver de don Alonso, muerto por los indios”.

Otra vez Cuerno Verde joven con sus guerreros, que llega al sitio donde está la piedra de las siete cruces.

Los indios la echan abajo y se meten en el hoyo que queda abierto empezando a sacar de él las barras de oro, las tinajas de barro llenas de oro, todo lo que forma el tesoro.

De nuevo aparece Cuerno Verde viejo que continúa su historia y dice así:

“Y recobrando el tesoro de los míos lo escondí a mi vez, en un lugar cercano, pero que yo solo conozco. Todos los que me ayudaron entonces ya no existen”.

Queda silencioso Cuerno Verde, con la cara apoyada en una mano, y Lionel le mira con admiración. El jefe indio vuelve a hablar:

“Años después los españoles se apoderaron definitivamente de estas tierras, y Maldonado se atrevió a venir solo, en busca de su tesoro”.

Se ve a Maldonado que está más viejo y más sombrío, como si le atormentase el recuerdo de su crimen. Avanza a caballo por las orillas del río Colorado, seguido de un grupo de criados indios que llevan los fardos de su equipaje.

“Cuerno Verde quiso darse el vengativo placer de presenciar su sorpresa.”

Maldonado llega a la entrada del cañón, baja del caballo ordenando a sus indios que se queden allí y empieza la marcha, cuesta arriba, por el barranco.

[65] Se ve cómo Cuerno Verde hace la misma ascensión por otro sitio del cañón, ocultándose de él.

Maldonado llega al lugar donde mató a don Alonso de Tovar. Queda inmóvil un momento, pero luego hace un gesto de indiferencia y continúa subiendo. Cuando llega al lugar donde estaba el tesoro, ve inmediatamente la piedra caída y el hoyo abierto, prorrumpiendo en maldiciones y haciendo ademanes de desesperación. Pero de pronto recobra su serenidad y echa mano a su espada.

Cuerno Verde acaba de aparecer ante él y con los brazos cruzados le mira irónicamente. Al mismo tiempo que sonríe triunfante le dice:

“En vano mataste a los indios que trasladaron el tesoro. Tu crimen resultó inútil. He descubierto tu secreto”.

Maldonado tira de la espada e intenta acometerle. El indio sigue diciendo:

“Muchas de tus víctimas eran de mi familia”.

Maldonado le tira una estocada, pero Cuerno Verde para el golpe con su lanza. Hay un combate entre los dos hasta que Cuerno Verde lo tiende a sus pies de una lanzada.

Otra vez el jefe indio que cuenta su historia a Lionel:

“No lo enterré como a tu capitán. Lo abandoné a las aves del cielo y sus huesos deben estar aún cerca del sitio donde guardé yo el tesoro”.

Lionel habla al indio e insiste por saber dónde está el tesoro. Pero Cuerno Verde dice con solemnidad:

“No revelaré ni a mis hijos donde está el tesoro. Tanta riqueza les acarrearía la persecución de los blancos. Es mejor que el secreto de su existencia muera conmigo”.

Se ve a don Sebastián que sigue escribiendo su carta.

“Indudablemente Maldonado fingió que llevaba a España el cadáver de su [66] víctima, para que de este modo a ninguno de sus hijos se le ocurriese ir a buscarlo a América. En cuanto al fiel Lionel...”

Se ve a Lionel mucho más viejo que cuando hablaba con Cuerno Verde. Es un veterano de barba gris y está sentado a una mesa escribiendo a la luz de un antiguo velón.

“... cuando fue viejo se retiró a España y escribió cuanto sabía, para ofrecerlo a los hijos de don Alonso.”

Un salón del palacio de los Tovar en el tiempo antiguo, o sea de su mayor lujo. Están en él dos caballeros y una dama del siglo XVII, elegantemente vestidos. Lionel es un viejo soldado, pobremente vestido, pero que lleva con orgullo su espada.

Habla con los señores de Tovar, que son mucho más jóvenes que él, les entrega el cuaderno que ha escrito y les dice:

“Hay ahí un gran tesoro y podemos ir a buscarlo al Nuevo Mundo”.

Los señores de Tovar sonrían bondadosamente y le dicen que sí a todo, como si tratasen con un maniático. Le acompañan hasta la puerta y después que se marcha hacen signos, como indicando que la vejez le ha puesto algo demente.

Otra vez don Sebastián que escribe:

“Te envío un plano sacado del cuaderno de Lionel. Lo reconstituyó basándose en algunas indicaciones que se le escaparon a Cuerno Verde y después de haber visitado el terreno”.

Se ve a Lionel con el mismo aspecto que cuando hablaba con Cuerno Verde examinando la parte alta del cañón, a partir de la piedra caída de las siete cruces. El conquistador examina el terreno y va dibujando sobre un papel.

Otra vez don Sebastián que termina de escribir su carta:

“Después de esto, querido Fernando, reconocerás la conveniencia de no revelar a Maldonado una sola palabra de esta carta y hasta sería oportuno que te separases de él. ¡Quién sabe de lo que es capaz!”.

[67] Se ve a Maldonado sentado a orillas del río y que acaba de leer la carta. Su rostro ha reflejado el inmenso interés que le inspiraba esta lectura. Pero después de haber leído las últimas recomendaciones de don Sebastián, sonrío de manera infernal. Sus labios murmuran:

“Nada se ha perdido. Yo soy el único ahora que sabe dónde está el tesoro, y será para mí”.

## Quinta parte

La puerta de la choza del Solitario.

Fernando que está ya en plena convalecencia se halla sentado junto a la puerta, escuchando a Gladys que lo acaricia y lo cuida maternalmente. El enfermo dice:

“Hace una semana que se marchó Vacapa repentinamente, y no envía noticias de su paradero”.

Gladys sonrío y dice:

“Le llamó un indio de Texas gran amigo suyo. Me dio a entender que era para un gran negocio”.

Luego añade estremando su sonrisa:

“Le ha entrado la fiebre de la riqueza. Debe buscar algún tesoro lo mismo que tú”.

Fernando se queda mirándola y dice con una expresión apasionada:

“Yo no busco tesoros para mí. Si ansío ser rico es para que tú lo seas también, y no te veas obligada a trabajar”.

Después de esto se estrechan las manos y se miran apasionadamente.

Van a besarse, pero en esto sale el Solitario de su cabaña, tosiendo ruidosamente para dar a entender que está allí, lo que hace que los dos jóvenes se contengan. Pero el Solitario hace ademanes de que pueden continuar y les vuelve la espalda y se aleja. Entonces los dos acaban por besarse.

Otra vez los dos enamorados en el mismo sitio y que continúan hablando.

[68] Los dos se muestran con los ojos a Maldonado que pasea meditabundo por la orilla del río. Ella dice:

“Desde hace unos días tu amigo parece más sombrío y me inspira menos confianza aún que antes”.

Él hace ademanes de indiferencia como si no le interesase su amigo y solo pensase en Gladys. Esta continúa:

“Apenas se fija en nosotros. Vive como un sonámbulo y cuando no sueña despierto estudia un papel que guarda misteriosamente en su pecho”.

Mientras ella dice esto, se ve cómo Maldonado que está preocupado por una idea fija, saca un papel del bolsillo interior de su chaqueta, lo consulta y vuelve a ocultarlo cuidadosamente.

“Al día siguiente llegó Vacapa.”

Se le ve descender de su caballo en la puerta de la cabaña. Le saludan todos los habitantes de ella y él los saluda igualmente, menos a Maldonado que finge no verle.

Las orillas del río.

*Miss Gladys* quiere llenar un cubo de agua en la corriente y lo hace con dificultad. Aparece Vacapa y se apodera del cubo, lo llena y vuelve con la pintora hacia la cabaña. Esta le pregunta:

“¿Fue bueno el resultado del viaje?”

Él la contempla con gravedad y dice lentamente:

“El antiguo bailarín del bazar del Gran Cañón, tal vez sea millonario dentro de pocos meses”.

Se ve la cabeza de ella que le escucha con admiración. El indio continúa:

“Y el mayor placer del indio sería poder probar su gratitud a la *miss* que tan bondadosa fue con él”.

Gladys ha quedado mirándole fijamente, bajo la impresión de su asombro, pero de repente parece despertar y le quita el cubo que tiene en la mano [69] llevándoselo apresuradamente a la cabaña, sin querer escuchar más.

“La carta leída frecuentemente por Maldonado excita la curiosidad de Vacapa.”

Se ve a Maldonado que sentado cerca del río lee una vez más la carta robada por él.

Vacapa le espía de lejos, ocultándose detrás de las rocas y los matorrales.

Se ve a Vacapa pensativo.

“Vacapa se acuerda de la carta perdida por *miss* Gladys.”

Se ve cómo Vacapa va a la choza en busca del indio que le sirve de auxiliar. Los dos vuelven hacia el sitio donde está Maldonado sentado y reflexionando. Ha quedado con la carta en la mano derecha y el brazo pendiente. Luego con movimiento maquinal y siempre distraído, por su meditación, mete la carta en un bolsillo exterior de su chaqueta.

Vacapa desde lejos muestra a su compañero dónde está Maldonado. Los dos hablan misteriosamente. Luego el indio, compañero de Vacapa, avanza cautelosamente y encogido hasta hallarse cerca de Maldonado. Luego se arrastra en silencio como una serpiente. Llega junto a Maldonado, le saca la carta del bolsillo y retrocede entregándosela a Vacapa.

“Una lectura que conmueve al indio, a pesar de su impasibilidad.”

Se ve cómo Vacapa se oculta detrás de unos peñascos vecinos al río, mientras su ayudante queda acostado en el suelo, haciendo guardia, por si alguien se acerca.

Se ve el rostro de Vacapa que revela el mayor interés así como va avanzando en la lectura de la carta.

Maldonado sigue meditando a orillas del río. Lentamente se lleva una mano al bolsillo para sacar otra vez la carta y repetir su lectura. Al no encontrarla da un salto de sorpresa y, puesto de pie, empieza a registrarse todos los bolsillos, mostrando gran desesperación al convencerse de que ha [70] perdido el papel.

“El indio al terminar su lectura se explica la antipatía que siempre le inspiró el compañero de Tovar.”

Se ve a Vacapa que finaliza la lectura de su carta y mueve la cabeza con una expresión inteligente, mirando el papel que tiene en sus manos.

“Recuerda ciertos relatos de su madre en las noches de pobreza, hablando de un enorme tesoro que poseyeron sus abuelos.”

La casa de Vacapa y su madre india que, junto al telar abandonado, le habla a él, que va vestido a la americana, y a sus hermanas, yernos y nietos, que van vestidos de indios.

Otra vez Vacapa mirando los papeles y que dice:

“Este es el plano del conquistador Lionel. Habrá que volver a lo alto del cañón para ver si se puede sacar algo de estos datos, algo vagos”.

Otra vez la orilla del río y Maldonado que termina el registro de sus bolsillos considerándolo inútil. Luego dice con rabia:

“¡Me han robado!... Hay que ir al cañón mañana mismo, para que nadie se adelante y se apodere del tesoro”.

El lugar donde el gran cañón desemboca en el río. Llega a caballo Vacapa, echa pie a tierra y, después de atar su caballo, empieza la ascensión, peñas arriba, desapareciendo inmediatamente entre las asperezas de este terreno quebrado.

Llega después Maldonado también a caballo. Baja de él y cuando va a atarlo en un matorral, nota que este se inquieta.

“Un relincho corta el silencio de esta soledad.”

Maldonado guiado por el relincho va hacia el lugar donde está el caballo de Vacapa y lo descubre. Lo examina y al reconocerle por la silla, dice de un modo sombrío:

“Vacapa debe ser el que me robó la carta. Está arriba buscando mi tesoro”.

Se proyecta por un momento sobre el fondo de una roca la imagen del conquistador Diego Maldonado, con su más sombrío aspecto, llevando capa y [71] espada tal como se le vio antes en la realidad. Su descendiente, el otro Maldonado, sonrío lúgubrementemente ante esta aparición que parece hablarle. Luego dice:

“Acepto el consejo de mi abuelo. Creo que para ese indio va a sonar su última hora”.

Saca un revólver de la cintura y empieza a subir por entre las rocas del cañón.

Un paisaje desolado de lo alto del cañón. Es más arriba del lugar donde está volcada la piedra de las siete cruces.

Vacapa va de un lado a otro, examinando el paisaje que es horroroso. De pronto se detiene viendo a sus pies un cráneo y unos cuantos huesos diseminados, todos completamente limpios y blancos como si procediesen de un cadáver que lleva varios siglos de abandono. El indio los mira y dice:

“Este debió ser el abuelo de Maldonado, muerto por mi remoto abuelo Cuerno Verde”.

Después sigue yendo de un lado para otro, inclinándose muchas veces para examinar el terreno. Luego mira el papel que tiene en la mano y queda pensativo.

“Al fin el indio se convence de que el plano de Lionel, hecho por conjeturas, no sirve de nada.”

Se ve en primer término la cabeza de Vacapa y sus labios que murmuran lentamente:

“El tesoro de mis antepasados se ha perdido para siempre”.

Luego añade:

De la tierra salió el oro, y a la tierra ha vuelto”.

Queda el indio cabizbajo, con el papel en la mano.

Maldonado avanza siempre con el revólver en la diestra, y al dar la vuelta a un peñasco, ve a Vacapa que está inmóvil y vuelto de espaldas a él.

La cabeza de Maldonado que sonrío diabólicamente. Luego apunta con su [72] revólver y hace fuego.

Vacapa sigue inmóvil, sin ver a su enemigo. De pronto se lleva las dos manos a un lado de su cara, sobre una oreja, como si hubiese recibido un balazo. Se vuelve furioso, pero al volverse ve a Maldonado que sigue apuntándole para hacer un segundo disparo, y entonces se deja caer, como si estuviese muerto, al mismo tiempo que Maldonado suelta su segundo tiro.

Vacapa tendido en el suelo. Se halla sobre el pecho, y con los brazos extendidos, como si estuviese muerto. Pero después abre uno de sus ojos y mira con una atención reconcentrada, al mismo tiempo que su mano derecha va sacando con lentitud el revólver.

Maldonado que ha estado hasta ahora amparándose detrás de una roca, al ver tendido en el suelo a Vacapa, se decide a abandonar su escondite, avanzando a cuerpo descubierto. Pero apenas da unos pasos, Vacapa se incorpora un poco, afirma un codo en el suelo sacando la mano armada con el revólver, y hace fuego contra él.

Maldonado se ha dado cuenta a tiempo de esto y se deja caer igualmente en el suelo, apoyándose en un codo para apuntar su revólver, levantando un poco la cabeza.

Los dos quedan en esta actitud y empiezan un tiroteo, arrastrándose cada uno por el suelo para apuntar mejor o para buscar el abrigo de alguna piedra. Se ve cómo siguen tirando repetidas veces.

Vacapa tendido en primer término y que vacila antes de tirar.

“El último cartucho.”

Hace el último disparo y, levantándose de un salto, corre hacia su enemigo, marchando en zigzag.

Se a Maldonado que dispara también su último tiro y, al convencerse de que su enemigo sigue avanzando hacia él, arroja el revólver en el suelo, se levanta y sacando un cuchillo va contra el indio.

Vacapa que fue herido por el primer disparo y tiene la mitad del rostro [73] manchado de sangre, recibe una cuchillada en un brazo, pero después de esto agarra la mano de Maldonado y los dos empiezan a batirse cuerpo a cuerpo.

Durante este combate largo, en el que las fuerzas están muy equilibradas, Maldonado está próximo varias veces a hundir su cuchillo en el pecho de Vacapa, pero este consigue apartarlo con un esfuerzo supremo.

Los dos llegan luchando al borde del precipicio, o sea, sobre el fondo del cañón.

Al final caen los dos en una meseta inferior que está unos cuantos metros más abajo, pero con el choque se sueltan sus cuerpos y Maldonado rebota cayendo definitivamente en el abismo, mientras Vacapa se sostiene agarrado a una roca y acaba por librarse de la caída.

Se le ve cómo desciende por las rocas con la cara llena de sangre, llevándose de vez en cuando una mano al hombro donde ha recibido una cuchillada. Tiene las ropas desgarradas y un gesto de dolor.

Se ve el fondo del precipicio y el cuerpo destrozado de Maldonado.

La desembocadura del cañón en el río Colorado. Vacapa llega arrastrándose, casi próximo a desfallecer, pero al fin consigue montar en su caballo trabajosamente, y emprende la marcha.

La choza del Solitario.

Están sentados a la puerta los dos enamorados y el rudo cazador. Los tres se levantan con asombro al ver llegar a Vacapa inclinado sobre su caballo, con un gesto doloroso.

El indio casi rueda al bajar del caballo y dice, inclinando la cabeza y abriendo los brazos:

“Acabo de matar a Maldonado”.

Los tres quedan absortos ante esta declaración.

Vacapa saca de un bolsillo la carta que robó Maldonado y se la entrega a Tovar diciendo:

“Esta carta le explicará muchas cosas. Ese traidor era como su abuelo, valiente [74] pero malvado”.

Gladys al ver el sobre lo reconoce y exclama:

“¡La carta que perdí!”.

El indio contesta:

“No, la carta que le robó Maldonado”.

Tovar se muestra triste y acaba por llevarse una mano a los ojos. *Miss Gladys* acude a consolarlo y él dice:

“¡Era mi amigo de la infancia!... ¡Era mi compatriota!”.

*Miss Gladys* dice con vehemencia:

“Aunque nacidos en la misma tierra no erais iguales. Tú eres noble y bueno; él era duro y cruel”.

Se ve en primer término la cabeza de Gladys que sigue diciendo:

“Tú eres nieto de los conquistadores caballerescos que vinieron aquí en busca de la gloria y para implantar la civilización cristiana”.

Esto lo dice con entusiasmo, y luego añade:

“Él era descendiente de los que solo vinieron en busca del oro”.

El Solitario se ha aproximado a Vacapa, empieza a lavarle las heridas y al mismo tiempo le pregunta:

“¿Ha quedado allá?”.

El indio hace una señal afirmativa.

Otra vez la cabeza del cazador barbudo que continúa diciendo:

“Pues allá quedará insepulto. Yo pienso acabar mis días sin volver a entrar en ese cañón. Han ocurrido en él demasiadas cosas”.

Otra vez la cabeza del Solitario que se mueve con aire pensativo, mientras sus labios murmuran:

“Por algo le llaman el Cañón de los Malos Espíritus”.

#### [75] Sexta parte

“Tres meses después.”

Un paseo del hotel del Gran Cañón.

Fernando Tovar está ya completamente restablecido, pero al pasear se apoya aún en el brazo de *miss Gladys*. Los dos hablan y él dice:

“Lo único que me inquieta al pensar en nuestro próximo matrimonio, es mi pobreza”.

Ella hace un gesto de indiferencia. Él continúa:

“Yo te hablé de amor cuando iba a descubrir un gran tesoro, pero el tesoro se ha perdido para siempre y soy pobre”.

Ella muestra otra vez su indiferencia ante la riqueza con gestos sonrientes, pero Fernando continúa:

“Solo me queda allá en España los restos de una fortuna que fue”.

Ella dice con cierto orgullo:

“Yo trabajo y puedo sostenerme. No soy de las mujeres que abruma con sus gastos al hombre que ama”.

Él dice con entusiasmo:

“¡Pero yo hubiese querido rodearte de tantas comodidades y esplendores! Es a causa de ti, y no de mí, que siento ser pobre”.

*Miss Gladys* contesta:

“Te amo y nada me importa la pobreza. Creo que te amaba antes de nacer. A veces me imagino que soy Copo de Algodón y que te amé sin esperanza cuando tú eras tu abuelo don Alonso”.

*Miss Gladys* ríe y añade:

“La pobre india amó al conquistador, sin ver realizados sus deseos. Yo te voy a tener... te tengo ya, porque vas a ser mi marido”.

Y después de mirar a un lado y a otro, salta sobre él de un modo infantil, lo abraza y lo besa.

[76] Quedan unidos por el beso un largo rato, y Vacapa que aparece en un extremo de la avenida del jardín, los sorprende de este modo.

Después de hacer un movimiento de triste sorpresa y de pena, el indio se retira.

El hall del hotel del Gran Cañón. Los dos enamorados entran en el hotel de vuelta de su paseo. Un hombre que está leyendo en un sillón se levanta al verlos. Es Vacapa.

Pero el indio va mejor vestido que nunca. Es un gentleman elegante y todo lo que lleva sobre él es nuevo y exquisito. En fin, tiene el aspecto de un hombre que acaba de hacerse rico y procura realizar en su persona todo lo que ha visto y admirado en los demás.

Este aspecto brillante de Vacapa lo ven los dos enamorados y les causa tanta admiración como el encontrar al indio.

Tovar después de saludarle se aleja, como si tuviese que hacer algo urgente.

Hay gran movimiento de viajeros en el hotel. Van llegando nuevos grupos; unos con maletas que vienen de la estación, otros que vienen de las excursiones por el Gran Cañón, en traje de montar.

Mientras sostienen el siguiente diálogo Vacapa y Gladys, continúa a sus espaldas este movimiento de viajeros.

La pintora dice:

"Hace mucho tiempo que no sabíamos nada de usted".

Él contesta:

"Vengo de Texas. Mi situación ha cambiado. Ahora puedo considerarme tan rico como si hubiese descubierto el tesoro del conquistador".

Ella le oye con asombro, pero el indio permanece impassible como si su fortuna no pudiese disipar aún su tristeza.

Los dos se han sentado y él dice:

"Usted recordará que aquí mismo, la noche en que usted descubrió que [77] yo era un pobre bailarín, le manifesté mi esperanza de que algún día tal vez cambiase mi fortuna".

*Miss Gladys* hace un esfuerzo para acordarse y al fin mueve la cabeza afirmativamente.

Él contesta con lentitud:

"Mi fortuna ha cambiado y ahora estoy en el camino que siguen los millonarios".

Se ve una llanura de Texas con pozos de petróleo. Los obreros trabajan en torno de los pozos y uno de estos obreros es Vacapa más joven.

"Antes de que yo la conociese, cuando vagaba por el mundo deseoso de adquirir una fortuna, trabajé en los pozos de petróleo de Texas".

Se ve después una llanura atravesada por un camino polvoriento y marchan por ella Vacapa y otro indio, vestido también de obrero.

"Marchando con un camarada por ciertos terrenos de allá, descubrimos indicios de que tenían petróleo".

Se ve un pequeño rancho con un campesino viejo al que hablan Vacapa y su compañero. Al fin estos reúnen todos los billetes que rebuscan en sus fajas y en sus bolsillos y se los entregan. Entonces el hombre les firma un papel.

"Abandonando todos nuestros ahorros, adquirimos un derecho sobre aquellas tierras".

Se ve la cabeza de Vacapa que dice con lentitud:

"¡Lo que hemos sufrido desde entonces para explorar nuestra concesión sin capital alguno y con solo nuestro esfuerzo...!".

Vuelve a verse por un momento la escena del bazar, cuando Vacapa baila ante el público, vestido de guerrero piel roja.

"Necesitaba ganar dinero, fuese como fuese, para enviarlo a mi camarada y que continuase sus exploraciones".

Otra vez la cabeza de Vacapa que sigue hablando:

[78] "Y cuando estábamos en la cabaña del Solitario mi amigo me llamó con urgencia y fui allá para convencerme de que no nos habíamos engañado".

Se ve ahora a Vacapa sentado en el sillón y a Gladys que le escucha.

"Nuestros terrenos son ahora de una sociedad que ha empezado a explotarlos. Me han dado mucho dinero y muchas acciones."

Vuelve a verse otra vez su cabeza que baja los ojos, y sus labios que murmuran:

"Soy rico y sin embargo me siento más triste que nunca".

*Miss Gladys* hace ademanes de extrañeza al oírle hablar de su tristeza y le dice:

"No debe usted vivir solo. Ahora que es rico puede constituir una familia".

Él hace un ademán de desaliento y contesta:

"Sé que es imposible. La única mujer a quien puedo amar prefiere a otro hombre".

*Miss Gladys* que comprende lo que piensa el indio y a qué mujer se refiere, dice con cierta irritación:

"¿Y por qué ha de ser precisamente esa mujer? ¡Existen tantas en el mundo! ¡Ya que ella no le quiere, olvídela usted!".

El indio mueve con tristeza la cabeza y dice lentamente:

"O ella o ninguna. El amor es así. Muchas veces busca a los que le desprecian".

*Miss Gladys* queda en silencio y con la cabeza baja, como si quisiera evitar el seguir hablando. Él la mira con tristeza y sigue diciendo:

"Sé que es inútil insistir. He pensado mucho sobre esto y me resigno a mi destino".

Se ve que una lágrima asoma a sus ojos. Se pasa un dedo por ambos ojos, se serena y dice:

"El tiempo pasó. El indio ya no es nada y debe cedérselo todo al blanco".

[79] Después de esto se levanta y dice:

"Yo quisiera hablar con *mister* Tovar. Es una conversación de negocios".

Ella le mira con cierto asombro, y él contesta:

"Ustedes dos son pobres y yo soy rico, pero no me atrevo a hablar de esto con usted".

Se ve en primer término el rostro de Vacapa mientras dice con noble lentitud:

"Usted va a ser dentro de poco *mistress* Tovar, y lo que yo quiero decir solo debo decirlo a su marido".

Se interrumpe un momento y añade:

"Mis ascendientes los jefes de guerra se llevaban a la fuerza las mujeres blancas; pero yo, pobre indio decadente, conozco los respetos que merece una señora".

Vuelve a verse a los dos que están derechos y sin mirarse.

Al fin Vacapa saluda y se marcha diciéndole antes a Gladys:

"Diga a su futuro esposo que antes de la comida le esperaré aquí".

El mismo lugar, pero es de noche.

Vacapa está sentado junto a una mesilla del hall que tiene una lámpara eléctrica con pantalla. A la luz de esta lámpara examina los papeles de una gran cartera de cuero, abierta junto a él. Estos papeles son acciones y otros títulos industriales. Después lee atentamente un papel y lo firma. Todo esto lo hace con cierta gravedad, como si estuviese escribiendo su testamento y tomando sus últimas disposiciones.

Entra Tovar y se aproxima a él, algo preocupado por el aviso que le ha dado *miss* Gladys para que se aviste con Vacapa.

Este al ver a Fernando le da la mano, sin levantarse de su sillón, y le indica que se siente en otro sillón frente a él. Luego le dice:

"Vamos a hablar con brevedad y rudamente, como dos hombres de negocios".

Tovar hace un movimiento de cabeza asintiendo, pero se queda mirándole [80] con interés, no sabiendo adónde quiere ir a parar con estas palabras. El indio sigue hablando:

"Usted es pobre y tiene que trabajar. No ha encontrado su tesoro, aunque ha encontrado en esta tierra la Fuente de la Juventud, según usted dice, y yo no lo pongo en duda".

Se echa atrás en su asiento y dice fingiendo cierta ligereza alegre:

"Pero bebiendo en la tal fuente no se nutre uno para vivir: es necesario algo más sólido y yo puedo ofrecerle un empleo".

Se queda mirando a Tovar como si esperase su respuesta y este hace un ademán para indicarle que siga hablando:

"Yo necesito sus servicios, mejor dicho su protección. Ahora que estoy metido en los negocios temo que me engañen".

Tovar hace un movimiento al oír esto y acaba por sonreír con aire incrédulo diciendo:

"Usted es más inteligente para estas cosas que yo, que no he hecho en mi vida más que derrochar lo que me dejaron mis padres".

Vacapa queda un poco desconcertado por estas palabras, pero luego se repone y dice con energía:

"Mis negocios van a ser con los blancos. Yo soy un pobre indio y necesito un blanco que me represente".

Tovar hace un gesto indicando que no le convencen estas razones, pero el indio insiste:

"Además la que va a ser su esposa se mostró siempre buena para mí. Usted cuando iba en busca de su tesoro, me tomó como servidor y me hubiera retribuido generosamente, en el caso de encontrarlo".

Tovar se apresura a hacer gestos con cierta vehemencia, indicando que esta última suposición es muy cierta. Vacapa se anima y tomándole la mano le dice:

"¿Por qué se resiste usted a ser mi representante? Dígame que quiere [81] serlo. Se lo suplico".

Queda silencioso unos momentos y continúa con triste emoción:

"Yo no quiero que *mistress* Tovar sea pobre. No puedo tolerar que usted, su marido, vaya de un lado a otro en busca de un empleo. Acceda a ser el compañero de Vacapa".

Al fin Tovar vencido por sus palabras y por sus ojos suplicantes, acepta con un movimiento de cabeza y el indio estrecha su mano con vehemencia.

Luego recobra la serenidad y empieza a hablar seriamente de los negocios. Va mostrando su cartera abierta y saca de ella los paquetes de acciones. Luego dice:

"Estas son las acciones que me dio la compañía explotadora de mis campos de petróleo y los resguardos de los bancos donde he depositado mi dinero".

Luego muestra el papel que estuvo leyendo antes y añade:

"Este es un poder en regla para que usted me represente en todos mis asuntos, cobre mis rentas y las guarde como si fuesen suyas".

Tovar hace un gesto de extrañeza como si repeliese esta proposición, pero el indio continúa con dulzura:

"Yo le pediré dinero de tarde en tarde. Pienso hacer todo el bien que pueda a mis hermanos de raza; pero los pobres ¡necesitan tan poco dinero para vivir!...".

Tovar sigue resistiéndose a esta proposición, y dice:

"Pero usted puede gozar el producto de sus riquezas; puede viajar por toda la tierra; conocer las dulzuras de la vida".

Vacapa levanta los hombros con indiferencia y luego dice:

"He hecho vida de rico en los últimos meses y me he aburrido. Soy un inadaptado que no tiene papel en el mundo actual".

Queda pensativo y murmura:

"Lo único que verdaderamente deseo no he podido conseguirlo... Debo volverme con los míos".

Vacapa mete todos los papeles en la cartera, la cierra y se la ofrece a [82] Tovar.

Este duda en tomarla, pero vencido por los ademanes suplicantes y por los ojos del indio, acaba por ponerla bajo uno de sus brazos, con un movimiento de aceptación.

Los dos se dan la mano y se alejan hablando. El movimiento de viajeros ha ido en aumento y son muchos los que entran en el comedor. Mientras los dos hombres hablaban sentados, una orquesta empezó a tocar en el hall.

Los alrededores del hotel. Es de noche. Todo ofrece un aspecto semejante a la noche en que llegaron al hotel del Gran Cañón Tovar y Maldonado, y en que Tovar conoció a *miss* Gladys.

Las puertas del bazar brillan iluminadas y se ven familias que entran a comprar objetos indios. También pasan viajeros mostrando alegremente los arcos, las flechas y demás objetos de guerra que acaban de comprar.

Es la hora en que ha terminado la comida. Tovar y *miss* Gladys salen del hotel, él, vestido de smoking, y ella, en traje de comida, pero llevan abrigos encima, a causa del fresco de la noche.

Es noche de luna. Los dos enamorados hablan.

Él cuenta lo que le ha pasado con el indio y ella escucha con interés.

En esto llega Vacapa con dirección al hotel y se tropieza con ellos.

*Miss* Gladys corre hacia el indio, le toma las dos manos y le dice conmovida:

"¡Oh Vacapa! ¡Corazón generoso! ¿Cómo agradecerle lo que ha hecho por nosotros?".

El indio se conmueve un momento al sentir el contacto de estas manos y al ver tan cerca la cara de *miss* Gladys y recibir su aliento. Pero luego se repone, aparta las manos de ella, mueve la cabeza negativamente y dice con triste lentitud:

"Nada tiene que agradecerme. Solo deseo que alguna vez se acuerde del [83] pobre indio".

Ella va a hablar, pero él hace un signo indicando que tiene prisa y se aleja entrando en el hotel. Se nota en Vacapa que hace un supremo esfuerzo para marcharse, pues le atrae la presencia de Gladys. Pero al mismo tiempo necesita desaparecer cuanto antes para ocultar su emoción.

*Miss Gladys* apoyada en Tovar mira conmovida cómo desaparece Vacapa.

Un cuarto lujoso del hotel.

Entra en él Vacapa. Abre sus maletas y empieza a echar sobre la cama y por el suelo los trajes que ha comprado, los zapatos, los sombreros, las camisas, las corbatas, todo un equipaje de gentleman elegante. Mira a sus pies todos estos objetos y dice:

"¿De qué puede servir esto al indio Vacapa?"

Da con el pie a las ropas que están en el suelo y añade:

"Quédese todo aquí, como propina para los criados del hotel".

Luego rebusca en el fondo de una maleta y saca un traje de indio moderno, de los que usan los indios todos los días, sin las plumas de guerra, y empieza a vestírselo.

Otra vez las afueras del hotel, enfrente del bazar. El público acude a él para presenciar las danzas indias.

Pasa un grupo de indios, hombres, mujeres y niños, arrebujados en sus mantas, que van hacia el bazar para hacer sus bailes.

El dueño del bazar sale un momento de su establecimiento hablando con una familia de viajeros.

En el mismo instante sale del hotel Vacapa, pero vestido de indio y con una cinta en torno de los cabellos, que lleva arreglados a la moda de su raza.

Se envuelve en su manta y va a alejarse en una dirección opuesta al bazar; pero el dueño del establecimiento le reconoce y corre hacia él con grandes extremos de alegría, diciendo:

[84] "¿Eres tú Ojo de Halcón? ¡Cuánto tiempo que no te veo!... Si vienes a bailar te aumentaré el sueldo".

Vacapa le mira un momento y contesta:

"Ojo de Halcón se va con los suyos para siempre. Ningún blanco le verá más".

Y le vuelve la espalda, alejándose con una actitud grave y digna.

Un paisaje nocturno iluminado por la luna. Jardines que bordean un camino cerca del hotel.

El indio se vuelve y ve todo el hotel iluminado.

Ahora como está solo ya no necesita fingir más. Se lleva una mano a la garganta con estertores de agonía y empieza a llorar. Mira hacia el hotel y dice:

"¡Adiós, virgen blanca!... ¡Adiós, Copo de Algodón! Mi abuelo más feliz que yo te tuvo en otro tiempo. Ahora se te lleva el nieto del conquistador".

Camina lentamente hasta que llega al mismo lugar donde por la tarde sorprendió a los dos, besándose. Mira con tristeza en torno de él y dice:

"Aquí los vi esta tarde cuando se besaban".

Baja la cabeza y llora.

Después, lentamente va doblándose y cae de rodillas. Luego todavía se inclina más, y mira al suelo.

Se ve la huella de un pie de hombre marcada en la tierra.

Él la mira y dice con rabia:

"Esta es la huella de él".

Poco a poco recobra su calma triste, y hace un movimiento que revela la inutilidad de su cólera.

Luego empieza a buscar en el suelo, hasta que a la luz de la luna, ve una huella de mujer. Entonces exclama con una expresión de éxtasis:

"¡Sobre esta tierra puso ella su pie!".

Y llorando se tiende en el suelo y empieza a besar la tierra,